

# EL ESPÍRITU DE BURLA



OSVALDO REBOLLEDA

# EL ESPÍRITU DE BURLA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Escrito totalmente en **Estados Unidos**

Edición general: **Kingdom Center**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

**Corrección solo ortográfica; IA**

Diseño de portada: **EGE**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>La estrategia del enemigo.....</b>	<b>10</b>
Capítulo dos:	
<b>Cuando la burla ataca la Fe.....</b>	<b>25</b>
Capítulo tres:	
<b>Desenmascarando al espíritu de burla.....</b>	<b>40</b>
Capítulo cuatro:	
<b>La vida de Reino y los burladores.....</b>	<b>53</b>
Capítulo cinco:	
<b>La vida profética y los burladores.....</b>	<b>67</b>
Capítulo seis:	
<b>Jesucristo y el espíritu de burla.....</b>	<b>83</b>

Capítulo siete:

**La Iglesia y las burlas del sistema.....97**

**Conclusión final.....112**

**Reconocimientos.....118**

**Sobre el autor.....120**



# INTRODUCCIÓN

***“El hijo sabio recibe el consejo del padre;  
Mas el burlador no escucha las reprensiones.”***

Proverbios 13:1

Este libro no es un invento místico con intenciones de otorgar sentido a situaciones de desprecio o humillación. Por el contrario, es una descripción clara del daño que puede producir esta operación diabólica sobre los hijos de Dios, y cómo el enemigo ha planificado una estrategia de creciente burla para los tiempos finales. Creo que debemos estar prevenidos y revestidos de sabiduría espiritual para enfrentar estos ataques, y por eso determiné escribir sobre este tema.

La burla ha sido una de las armas más antiguas y sutiles que el enemigo ha utilizado para debilitar la fe, desanimar a los obedientes y frenar los propósitos de Dios en la tierra. Aunque pueda parecer algo inofensivo o meramente emocional, la burla encierra un poder destructivo capaz de sembrar duda, vergüenza, temor y confusión en los corazones de los creyentes, al punto de bloquear todo su potencial.

La palabra “burla” se deriva del latín “*derisio*”, que identifica o describe la acción de reírse de alguien. Burlarse significa engañar, desilusionar o tratar de humillar a una persona. Por eso, los sinónimos de burla incluyen: engañar,

estafar, embaucar o confundir. Más allá de las personas que puedan actuar con esta maldad, es claro que espíritus inmundos tratarán de operar para frenarnos.

Quienes alguna vez hayan creído las mentiras del reino demoníaco y llegado a un acuerdo mental con ellas, saben que pueden ser paralizantes y ciertamente destructivas. Como maestro de la Palabra, deseo desenmascarar estas operaciones. Creo que es hora de que todo hijo de Dios se ponga en pie y opere en las dimensiones que el Padre nos ha asignado en Cristo.

Estoy persuadido de que, si estudiamos atentamente la Biblia, encontraremos claramente la senda que ha dejado marcada este espíritu de destrucción. Es evidente que, si determinamos caminar en el propósito divino, toda tiniebla se levantará para engañarnos. Sin embargo, si logramos iluminar, a través de la historia bíblica, todas las perversas operaciones del mal, simplemente quedarán estériles en el presente. Y si conocemos lo que Dios dice de nosotros, no quedarán recursos efectivos para el enemigo.

Desde el principio de los tiempos, hombres y mujeres que han decidido caminar en obediencia a la voz de Dios han sido objeto de escarnio, desprecio y ridiculización. No porque hayan hecho algo malo, sino precisamente porque han actuado conforme a la fe. Como dice el apóstol Pablo: ***“La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Corintios 1:18)***. Lo que para el mundo natural parece

absurdo, irracional o fanático, para el creyente es obediencia, sabiduría y vida.

El espíritu de burla no se manifiesta solamente en palabras hirientes o en risas despectivas. Se oculta tras actitudes de desprecio, ataques contra la santidad, cuestionamientos maliciosos, memes irreverentes, comentarios que ridiculizan la fe, e incluso ataques sistemáticos contra los valores bíblicos. En este tiempo de incredulidad y relativismo, la burla se ha convertido en un lenguaje común para menospreciar todo lo que tenga olor a consagración, verdad o esperanza en Cristo.

Pero esta realidad no es nueva. Por eso, pretendo con este libro invitar al estudio de varios hechos bíblicos, ya que a lo largo de las Escrituras encontramos ejemplos claros de siervos y siervas de Dios que fueron objeto de burla en los momentos más decisivos de sus vidas.

Este libro tiene como propósito revelar la operación del espíritu de burla desde una perspectiva bíblica, discernir sus objetivos, entender sus efectos sobre la Iglesia y, sobre todo, equipar al pueblo de Dios para resistirlo con firmeza.

La burla busca robar el gozo, debilitar la fe, hacer desistir del propósito divino a todo hijo de Dios y apagar el fuego del Espíritu. Pero el Señor está levantando una generación de creyentes resistentes, sobrios, firmes, que no se avergüenzan del evangelio ni se intimidan ante la burla del mundo.

Mientras avanzamos por los capítulos de este libro, veremos que la burla no es simplemente un ataque emocional, sino una expresión de oposición espiritual. Nuestra lucha no es contra carne ni sangre, y por lo tanto, nuestra respuesta no puede ser meramente emocional o carnal. Por eso, no tengo dudas de que la fe, la firmeza y el discernimiento serán nuestras herramientas para vencer en este tiempo tan especial.

Debemos tener en claro que el evangelio nos propone ciertas batallas que no podemos evitar. Jesucristo es quien triunfó de manera irrevocable, pero las victorias que el evangelio nos trae son parte de la buena noticia del Reino y de la gloria de nuestro Dios.

No podemos edificar sobre un evangelio sin confrontación, porque ya no sería el verdadero evangelio. La vida espiritual nos ha sido dada completamente por gracia y sin mérito alguno; por lo tanto, las batallas no son para ganar posiciones destacadas, sino oportunidades para glorificar a nuestro Padre a través de la gestión de la fe.

Vencer gigantes no es lo que Dios espera de nosotros. Lo que Él pretende es vernos expresarnos con toda libertad espiritual. Además, es necesario dejar en claro, antes de avanzar en la lectura, que lo peor que podemos hacer es asumir que las burlas y el menosprecio provienen únicamente de las personas que nos rodean. Si adoptamos esa perspectiva, perderemos la batalla antes de comenzarla.

Por otra parte, si alguien piensa que lo que haré es simplemente señalar demonios, también errará. No es la idea terminar reprendiendo al espíritu de burla, sino presentar la forma en la que debemos identificar al enemigo y cómo vencerlo a través de la gestión de la fe y el gozo espiritual.

Que el Espíritu Santo nos ilumine al leer estas páginas. Que podamos identificar los momentos en que la burla ha querido detenernos, y que este libro sea para todos un instrumento de restauración, afirmación y renovación de la fe. Estamos entrando en los últimos tiempos. Debemos saber que hay situaciones que se pondrán mucho peor, y debemos estar claros respecto de qué estamos enfrentando. Estoy seguro de que este libro nos ayudará a lograrlo.

***“El que adquiere cordura a sí mismo se ama,  
Y el que retiene el discernimiento prospera.”***

Proverbios 19:8



# Capítulo uno

## LA ESTRATEGIA DEL ENEMIGO

***“Porque no luchamos contra gente como nosotros, sino contra espíritus malvados que actúan en el cielo. Ellos imponen su autoridad y su poder en el mundo actual. Por lo tanto, ¡protéjense con la armadura completa! Así, cuando llegue el día malo, podrán resistir los ataques del enemigo y se mantendrán firmes hasta el fin.”***

Efesios 6:12 y 13 BLS

A lo largo de la historia bíblica, la burla ha sido una herramienta recurrente del enemigo. No se trata simplemente de un gesto de desprecio; es una estrategia espiritual diseñada para socavar la fe, paralizar la obediencia y sembrar duda en el alma del creyente. El enemigo sabe que no necesita destruir físicamente a los hijos de Dios para neutralizarlos; basta con hacerlos sentir ridículos, fuera de lugar, o locos por creer en lo invisible.

La burla, como instrumento de Satanás para sembrar duda, ha estado presente desde el principio. La serpiente antigua no comenzó su ataque con violencia, sino con una

pregunta cargada de sospecha: “*¿Conque Dios os ha dicho...?*” (**Génesis 3:1**). Esa forma de hablar pone en duda la veracidad y la intención de Dios. Aunque no fue una burla en tono sarcástico, la semilla de la desconfianza estaba impregnada de ironía espiritual: “*¿De verdad Dios les dijo eso?*”. Esta es la esencia del espíritu de burla: presentar la obediencia a Dios como algo exagerado, absurdo o innecesario.

La vida cristiana es un microcosmos de la gran narrativa que se desarrolla en este mundo, donde se libra una batalla entre el bien y el mal. Si nos remontamos a **Génesis 3:15**, vemos la hostilidad de una enemistad que ha perdurado durante siglos. Algunos piensan que el diablo es un rival de Dios, pero no lo es: el diablo es una criatura creada. Su rivalidad es contra los seres humanos, por eso Jesucristo lo enfrentó como hombre.

La prometida descendencia de la mujer fue Jesús, quien vino como la única Verdad. La simiente de Satanás es la mentira (**Juan 8:44**). Hay una guerra en los reinos celestiales, una lucha cósmica entre la verdad y la mentira. Nadie ignora la confrontación entre el Reino de Cristo y el reino de Satanás, y estas batallas nos afectan, tal como lo reflejan claramente **Efesios 6** y **Apocalipsis 12**.

A veces, puede parecer que el lado del bien, el que representa la verdad, es débil o que generalmente pierde, porque el mal opera desde la violencia, y el bien desde la paz y la esperanza. Por tal motivo, los cristianos a menudo

parecemos débiles, porque no respondemos mal por mal, ni maldición por maldición, sino que ponemos nuestros ojos en el Señor y solo le creemos a Él.

Por causa de esa violencia, puede parecer que el enemigo es más fuerte. Además de sus constantes ataques, procura burlarse de los hijos de Dios y de la obra misma del Señor. Utiliza ciertas voces para ridiculizar mandatos divinos, procesos espirituales o incluso nuestros sufrimientos. Esa es su manera de debilitar nuestra fe.

En el huerto utilizó a la serpiente, pero hoy en día el sistema tiene voces amplificadas. No olvidemos que en Apocalipsis, la serpiente antigua es vista como un dragón (**Apocalipsis 12:9 y 10**). Eso implica que hubo una transformación o evolución de su maldad a lo largo de los siglos. Una serpiente es peligrosa, pero un dragón es mucho más. La violencia de las tinieblas avanza en constante ascenso, y no debemos ignorar esto.

La burla siempre se manifiesta para causar un impacto anímico. En **Isaías 36:18**, vemos al comandante del ejército asirio llegando a Jerusalén y burlándose del rey Ezequías. Pero no solo eso: también se burla del Dios de Israel, diciendo: *“¿Acaso alguno de los dioses de las naciones ha librado su tierra de la mano del rey de Asiria? [...] ¿Quién entre todos los dioses de estas tierras ha librado sus tierras de mi mano, para que el Señor libre a Jerusalén de mi mano? ¿Crees que Yahvé te va a salvar?”*

Claro, ya conocemos la historia: Dios liberó a su pueblo, envió al Ángel del Señor y destruyó a 185.000 soldados en el campamento de Asiria (**2 Reyes 19:35**). Pero en ese momento, no tengo dudas de que la burla del comandante asirio debió haber atravesado el corazón de los israelitas.

Luego, el profeta Isaías avanza en ese texto a unos veinte años después, cuando el rey de Asiria es asesinado. ¿Y saben qué estaba haciendo cuando lo mataron? Estaba adorando a su dios en su templo, dejando en claro que esos dioses falsos no son nada ante el verdadero Dios. Esto siempre es así: Satanás no podrá concretar definitivamente sus objetivos, pero hasta la llegada de su fin, procurará hacer el mayor daño posible.

Satanás no solo pretende destruir la obra de Dios; también quiere que nosotros mismos la abandonemos por vergüenza, desánimo o miedo al ridículo. Es mucho más efectivo si logra que el creyente se sienta torpe por obedecer a Dios, en vez de simplemente oponerse frontalmente a su tarea. Los engaños de las tinieblas siempre están vinculados a las emociones y sentimientos humanos. Por eso, en el huerto no obligó a Eva a comer la fruta; simplemente le habló palabras engañosas y le hizo desearla.

La ironía y la burla buscan debilitar la fe y paralizar a quienes obedecen a Dios, hiriendo y ofendiendo el alma. El poder de esta acción está en generar un efecto público, es decir, ridiculizar lo sagrado delante de otras personas. Nadie

se siente avergonzado al desnudarse en su habitación, pero si lo desnudan públicamente, la humillación puede ser brutal.

Los creyentes que en algún momento estuvieron firmes en la fe, pueden sentirse humillados, expuestos o debilitados si no logran concretar alguna meta anunciada o si no pueden resolver aquello que declararon en fe. Cuando algo permanece en el ámbito del corazón, puede generar dudas internas; pero cuando alguien ha exteriorizado su fe y ha declarado su sanidad, su prosperidad o su propósito, y de pronto nada de eso ocurre, puede sentirse expuesto públicamente. Ante una burla, puede llegar a ofenderse, frustrarse o incluso dudar de Dios.

Esto puede parecer algo extraño, pero no lo es. Muchos no han abandonado la Iglesia por falta de convicción respecto de la verdad eterna, sino por falta de fuerza para resistir el escarnio constante de algunas personas.

En una ocasión, un hermano me comentó que no asistía más a la Iglesia porque sus hijos estaban descarriados de la fe. Yo traté de alentarlo, hablándole de las promesas de Dios y diciéndole que sus hijos ya eran grandes, que él no había hecho nada malo en su educación, que estaban tomando sus propias decisiones, pero que, confiando en Dios, volverían al camino.

Este hermano me miró con los ojos llorosos y me dijo: Sí, yo sé que será así, porque Dios muchas veces me ha hablado de mis hijos. Pero hay unos líderes en la Iglesia que

tienen a los suyos sirviendo en la plataforma, y siempre se jactan de ellos, diciendo que están ahí por la forma en que los han criado. Yo me siento muy mal por eso, y estos líderes continuamente hacen hincapié en sus hijos, y me dan a entender que los míos están perdidos por mi culpa.

Casos como el de este hermano hay muchos. Yo he visto cómo algunos presentan a sus hijos como un trofeo de Dios, ya que sirven activamente en la Iglesia. Sin embargo, no deberían jactarse ante quienes todavía no han logrado la conquista espiritual de su familia. Todos deberíamos entender que la mano soberana de Dios obra en los tiempos que Él determina, y que contar con la bendición de unos hijos convertidos, no es necesariamente el resultado de logros personales.

Entiendo también que estos líderes o hermanos que se jactan de sus familias no siempre lo hacen con maldad. Pero créanme: detrás de sus palabras, y de sus actitudes envueltas en cierto orgullo, el enemigo suele moverse, causando heridas en quienes no están pasando por las mismas circunstancias. Todo hijo de Dios que esté disfrutando de una bendición debe tener la prudencia de no exhibirla como un trofeo divino, porque eso puede dejar a muchos sintiéndose como perdedores o fracasados.

Cuando alguien comenta sobre sus bienes materiales, sobre algo que compró, sobre una gran cifra que recibió o una importante conquista financiera, y lo atribuye a su fe, corre el riesgo de hacer sentir a otros hermanos como si les faltara

fe, como si estuvieran fuera de la bendición divina, o como incrédulos que, por no creer como ellos, se han perdido las promesas de Dios.

Debemos tener en claro que testificar acerca de un logro siempre debe traer bendición a los demás hermanos. Puede incentivar la fe y provocar gozo entre los que lo escuchan, pero hay que cuidar la forma en que hablamos. Un testimonio puede exaltar a Dios, o puede, involuntariamente, incluir pretensiones de exaltación personal, con lo cual, en lugar de ser una bendición, se convierte en una ostentación... o incluso en una burla.

Con estos ejemplos debe quedarnos claro que la burla no siempre proviene de un demonio, ni únicamente de personas impías. Las intenciones claramente pueden variar, pero la burla puede venir de cualquier persona, bien intencionada o no, y el enemigo la puede usar para hacer pensar a un hijo de Dios que su fe es inútil, o que Dios no está obrando en su vida.

Si en un momento de tristeza escuchamos una canción cuya letra expresa un dolor profundo, eso no significa que la escribió un demonio, ni que un demonio la está cantando para hacernos sentir mal. Pero debemos utilizar el discernimiento espiritual, porque el enemigo puede aprovechar esas expresiones para impulsarnos hacia una profunda depresión.

El enemigo utiliza nuestros sentidos y todo lo que nos rodea para afectarnos. Lo que necesitamos es aprender a

observar estas operaciones sin necesidad de identificar demonios directamente. La sociedad, los medios y la misma cultura que nos rodean están impregnados de una esencia diabólica que permite a las tinieblas encontrar un campo fértil para operar. Esto ocurre por la naturaleza misma de los ámbitos, no necesariamente porque haya una criatura demoníaca obrando visiblemente.

El reino de las tinieblas es un sistema que opera más allá de entidades espirituales específicas. Cuando hablamos de un “espíritu” que produce determinada situación, no debemos considerar únicamente a un demonio individual. Sí, los demonios existen, y sus operaciones están más vigentes que nunca en este tiempo. Pero identificar a una criatura no nos permite comprender plenamente la expresión de los ámbitos que nos rodean.

Por otra parte, cuando hablamos del enemigo, no me refiero solo a Satanás, aunque ciertamente él es nuestro adversario principal, sino también a todo un sistema. No olvidemos que Satanás no es omnipresente, y que la mayoría de los cristianos no se han cruzado jamás con el mismo diablo. Pero todos, sin excepción, hemos sido afectados por sus emisarios y por los ámbitos espirituales de oscuridad que él ha promovido.

En latín, la palabra espíritu es “*spiritus*”, que significa “soplo animador”, “hálito” o “aire”, y se traduce bíblicamente del griego “*pneuma*”, siendo equivalente a “soplo” o “aliento”. En el caso de los seres humanos, nuestro

espíritu es un cuerpo con funciones y sentidos espirituales, y es definido como el medio de percepción espiritual, donde reside la comunión con Dios.

El espíritu humano fue dañado en la caída. Cuando Adán pecó, su capacidad de tener comunión con Dios se rompió. Adán no murió físicamente ese día, pero sí murió espiritualmente. Desde entonces, el espíritu humano ha estado bajo los efectos de la caída. Antes de la salvación, una persona se caracteriza como espiritualmente *“muerta en delitos y pecados”* (Colosenses 2:13). Pero la gracia soberana de Dios nos vivifica espiritualmente por medio del Espíritu Santo, y luego, en su permanencia, nos renueva día tras día (2 Corintios 4:16).

Curiosamente, así como el espíritu humano fue soplado divinamente en el primer hombre, así también el Espíritu Santo fue insuflado en cada uno de los que hemos sido alcanzados por la gracia. *“Y habiendo dicho esto, Jesús sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”* (Juan 20:22). Adán fue vivificado por el aliento de Dios, y nosotros, como nuevas creaciones en Cristo, somos vivificados espiritualmente por ese mismo “Aliento de Dios”: el Espíritu Santo (Romanos 6:4).

El apóstol Juan dijo: *“En esto conocemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu”* (1 Juan 4:13). Esta referencia es al Espíritu Santo, quien no solo es un sople divino, sino una Persona, Dios mismo, que nos imparte la vida y nos guía a toda verdad

y justicia (**Juan 16:13**). Cuando permitimos que el Espíritu de Dios guíe nuestras vidas, *“el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”* (**Romanos 8:16**). Como hijos de Dios, ya no somos guiados por nuestro propio espíritu, sino por el Espíritu de Dios, que nos lleva a la vida eterna.

Ahora bien, cuando hablamos de un espíritu determinado operando en un ambiente o a través de una persona, no hablamos en todo momento de criaturas demoníacas, sino de ámbitos que generan determinadas sensaciones, sentimientos o percepciones, que nos envuelven en ciertos lugares o frente a determinadas personas.

Hay ámbitos que pueden ser considerados de las tinieblas simplemente porque carecen de luz; y hay otros que están completamente impregnados por la operación demoníaca. La sociedad, así como cada comunidad en particular, contiene ambientes que pueden ser identificados espiritualmente. Lo mismo ocurre con barrios, con instituciones e incluso con determinados hogares. Es en el plano espiritual que Dios se mueve, y también desde donde el enemigo procura desplegar sus estrategias.

Es a través de personas, circunstancias adversas o ámbitos públicos que la burla puede volverse destructiva para muchos hermanos. Cuando un hijo de Dios cree y trata de caminar por fe, pero su impulso o fortaleza espiritual no proviene de una palabra revelada, puede llegar a fracasar en su propósito. Necesitamos que la luz brille en nuestros

corazones, para que la revelación de la Palabra nos sostenga aun en la más densa oscuridad.

***“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”***

2 Pedro 1:19

La burla paraliza cuando la fe no está arraigada en la Palabra y en la intimidad con Dios. Cuando buscamos aprobación humana, el ridículo puede detenernos. Pero cuando sabemos que hemos oído a Dios, aunque todos se rían, seguiremos caminando en fe.

El apóstol Pablo abrazó esta realidad y enseñó que el mensaje de la cruz es considerado una locura por los que se pierden. Él escribió: ***“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”*** (1 Corintios 1:18). Y más adelante añadió: ***“Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios”*** (v. 27).

Aquí encontramos un principio fundamental del Reino: lo que el mundo llama locura, Dios lo llama poder. La fe auténtica, obediente y sacrificial parecerá siempre ridícula a los ojos del sistema de este mundo. Los que ayunan, los que dan generosamente, los que oran sin cesar, los que esperan una promesa imposible, serán vistos como ingenuos o

fanáticos. Pero es precisamente esa fe, aparentemente “necia”, la que mueve la mano de Dios.

La fe de Abraham fue ridiculizada. Creer que un hombre de cien años y una mujer estéril tendrían un hijo era digno de risa. De hecho, Sara se rió cuando escuchó la promesa (**Génesis 18:12**). Sin embargo, esa risa inicial fue transformada en gozo verdadero, porque Dios cumplió lo que prometió. Por eso llamaron Isaac a su hijo, cuyo nombre significa “risa”. La burla nunca tiene la última palabra cuando Dios ha hablado. Por eso, no debemos permitir que nuestra fe se vea afectada por la burla.

El espíritu de burla es una fuerza espiritual activa en estos tiempos. Busca humillar al creyente, sembrar duda y silenciar la voz profética. Pero también es una señal: si el enemigo se burla, o aprovecha alguna expresión para hacernos sentir burlados, es porque teme lo que Dios está a punto de hacer en nosotros. Cada burla puede ser una confirmación disfrazada de que estamos caminando en la dirección correcta.

Dios está levantando una generación que no se avergüenza del Evangelio, una generación que camina con convicción, aunque el mundo la tilde de loca. La victoria sobre el espíritu de burla no está en responder con más palabras, sino en perseverar en la obediencia hasta que Dios mismo nos reivindique. La fe que hoy parece la obstinación de los necios o insensatos, será la que produzca la gran conquista de mañana.

Ahora bien, no debemos considerar la duda como un resultado letal solo por sentirla. La duda puede transformarse en un gran problema si la dejamos crecer, si la alimentamos o si no buscamos claridad. Pero si permanecemos firmes en la verdad, incluso la duda generada por una burla puede convertirse en una herramienta útil, o hasta ventajosa.

¿Cómo puede ser ventajosa la duda? Las dudas provocadas por el escarnio pueden ser puntos de partida hacia una comprensión más profunda de nuestra fe y de la vida en Cristo. Si nunca analizamos nuestra vida, si no meditamos en la Palabra, si no contemplamos los propósitos de Dios, entonces no hay razón para consolidar nuestra fe, ejercitar nuestra mente ni afirmar nuestro parecer.

El filósofo español Miguel de Unamuno expresó muchas dudas acerca de Dios y de la fe cristiana. Vivió en tiempos de profundos conflictos religiosos, y sus escritos están atravesados por la ansiedad, los reclamos y las preguntas sin resolver. La siguiente cita suya resulta especialmente relevante:

*“Los que dicen que creen en Dios y, sin embargo, ni le aman ni le temen, en realidad no creen en Él, sino en aquellos que les han enseñado que Dios existe. Los que piensan que creen en Dios, pero no tienen pasión alguna por Él en el corazón, ni angustia en la mente, ni incertidumbres, ni dudas, ni elemento alguno de desesperación aún en medio de su consuelo, solo creen en un Dios-idea, pero no necesariamente en Dios.”*

Si realmente procuramos dimensionar a Dios, comprenderemos que escapa a nuestra total comprensión. Él es infinito, absolutamente extraordinario, y sus caminos son más altos que los nuestros. Sus propósitos muchas veces nos resultan indescifrables. Lo que verdaderamente debería preocuparnos no son las dudas momentáneas, sino el sentimiento de autosuficiencia, esa falsa satisfacción de creer que ya lo hemos entendido todo y que podemos habitar lejos del asombro y la humildad que produce el misterio divino.

Podemos estar de acuerdo o no con muchos de los dichos de Unamuno, y probablemente él nunca dejó que Dios disipara sus dudas a través de Su Palabra, pero en este análisis en particular, no hay mucho que objetar. Si alguien dice que jamás ha luchado con entender a Dios, probablemente no cree en Él realmente, sino en una idea llamada “Dios”. Personalmente, lo sirvo hace muchos años, y afirmar que lo conozco plenamente sería una expresión demasiado elevada, si pretendo fundamentarla solamente en la experiencia o en el intelecto. Por algo escribí un libro titulado: “Cuando no entiendo a Dios”.

Tener dudas sobre la existencia de Dios es algo triste, pues evidencia la ausencia de vida espiritual. Pero tener dudas sobre lo que estamos haciendo, o sobre Su voluntad en determinado momento, es algo completamente lógico y parte esencial de la vida de fe. Lo importante es que esas dudas no gobiernen nuestro corazón.

Recordemos siempre: las dudas son peligrosas solo si las dejamos avanzar sin control. Por lo tanto, el espíritu de burla puede tener momentos breves para atacarnos, pero jamás podrá asegurar una victoria definitiva sobre un hijo de Dios arraigado en la Palabra.

***“Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor.”***

Efesios 3:16 y 17 NVI



# Capítulo dos

## CUANDO LA BURLA ATACA LA FE

*“¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión; He aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros, Y os haré saber mis palabras.”*

Proverbios 1:22 y 23

La fe es la esencia de nuestra comunión con Dios. No es una emoción pasajera ni una idea abstracta, sino la certeza profunda de que Dios es real, de que sus promesas son verdad, y de que su Palabra es más firme que las circunstancias visibles. Por esta razón, el enemigo dirige sus ataques contra la fe, y una de sus armas más sutiles y destructivas es la burla.

La burla no solo hiere: busca socavar el fundamento invisible pero poderoso de la fe. Ridiculiza lo que parece ilógico, absurdo o inalcanzable según la lógica humana, y de ese modo pretende neutralizar el poder de la convicción

espiritual. En este capítulo veremos cómo la burla fue usada como herramienta contra grandes hombres de fe, cuyas vidas nos muestran cómo resistir esta táctica del enemigo y seguir creyendo, aun cuando somos blanco de risas y desprecio.

Es lógico que la fe sea atacada, porque implica creer en lo que no podemos ver o experimentar de manera sensorial o directa, sino que debemos basarnos en la confianza y en la certeza de que algo invisible e intangible es verdadero. La fe es una certeza firme en algo que no podemos comprobar con nuestros sentidos, pero que sabemos que existe.

Si el enemigo procurara atacar lo que podemos abrazar con nuestros sentidos, sería mucho más fácil contrarrestarlo; pero cuando se trata de lo espiritual, puede generar dudas en nuestra mente, y él lo sabe. La fe actúa como un puente entre lo visible y lo invisible, permitiéndonos comprender y vivir el Reino con una perspectiva amplia y profunda. La burla es utilizada como explosivos para bombardear ese puente, de modo que desconecte nuestra relación con lo espiritual.

El enemigo está decidido a hacer naufragar y destruir la fe de los escogidos de Dios. Y mientras más fuerte sea nuestra fe, mayor será su ataque en nuestra contra. Pero ¿es posible derribar el puente llamado fe? Bíblicamente es claro que la fe puede perderse, y los hijos de Dios pueden debilitarse, volviéndose a la incredulidad. Pablo advirtió en sus días que algunos habían hecho a un lado su fe. Le encargó a Timoteo que peleara la buena batalla, diciéndole:

*“Aférrate a tu fe en Cristo y mantén limpia tu conciencia. Pues algunas personas desobedecieron a propósito lo que les dictaba su conciencia y, como resultado, su fe naufragó.”*

1 Timoteo 1:19 (NTV)

Las personas que poseen una fe inquebrantable son marcadas por las tinieblas como “peligrosas”. ¿La razón? Porque por la fe, y el poder que esta libera, se someten reinos, nace la justicia, se obtienen las promesas de Dios, se cierran bocas de leones, se apagan fuegos impetuosos y se escapa de la espada de la maldad. En su debilidad, las personas de fe son hechas fuertes y se vuelven valientes en toda batalla, haciendo que el ejército del mal simplemente huya.

Estos fieles despiertan la fe de otros y no se rinden ante los procesos de adversidad. Soportan con gozo las persecuciones, los golpes, las injusticias; y si se los encierra en la cárcel, cantan alabanzas. El enemigo sabe que la violencia no tiene efecto sobre ellos, por eso procura atacarlos por el lado de la burla. Porque la fortaleza espiritual de los creyentes, entre quienes por supuesto, deseamos incluirnos, es el gozo del Señor (**Nehemías 8:10**).

Si debo seleccionar algunos ejemplos de fe, siguiendo la cronología bíblica, citarí a Noé, cuyo caso es emblemático. Dios le ordenó construir un arca gigantesca para librar a la humanidad y a los animales de un diluvio, en un lugar donde nunca había llovido. Imaginemos el escenario: un hombre ya entrado en años, rodeado de un

clima árido, golpeado por el sol y el polvo, levantando una estructura inmensa de madera... un barco gigantesco en medio del desierto.

La palabra “inundación” ni siquiera tenía sentido para quienes lo rodeaban. Y allí estaba Noé: clavando, serruchando, ajustando tablones, hablando de un juicio que vendría... mientras su pueblo no veía una sola nube en el cielo. La gente pasaría a verlo y seguramente se reiría de él. Los niños lo señalarían, los jóvenes lo imitarían en tono de burla, y los mayores menearían la cabeza con desprecio.

Recordemos que era un tiempo de suma pecaminosidad. Seguramente algunos lo insultarían, o tal vez le dirían entre burlonas risas: “¡Ahí está el viejo loco edificando un barco! ¿Para qué necesita un barco en medio del polvo?”. Otros, tal vez en tono sarcástico, le preguntarían: “¿Qué sigue, Noé? ¿Lo harás navegar por la arena? ¿Estás seguro de que Dios te habló? ¿No será que lo soñaste todo porque te cayó mal la comida? ¿No será que estuviste demasiado tiempo al sol?”.

Seguramente Noé fue blanco de burlas porque su fe lo hizo actuar de manera contracultural, sin lógica humana. Pero él no se detuvo. **Hebreos 11:7** dice: *“Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca...”*

Día tras día, la obra avanzaba y, seguramente, con ella las burlas se intensificaban. Noé no solo trabajaba la madera;

también obedecía una palabra divina que lo separaba del resto del mundo. Mientras todos vivían en placeres, él vivía con temor reverente al Dios que le había ordenado esa extraña construcción.

La burla no solo se manifestaba en risas, sino también en gran desprecio, aislamiento y descalificación. Seguramente perdió relaciones, amigos, oportunidades y su reputación. Debió ser objeto de escarnio público, blanco de ironías y chismes populares de esa época. Y sin embargo, Noé perseveró. Su fe no dependía de la aprobación de las multitudes, sino de la voz de Dios. Él sabía que, aunque el mundo entero se riera, su obediencia salvaría vidas.

La fe que agrada a Dios siempre parecerá absurda para el mundo. La burla es la voz del espíritu de incredulidad que no soporta ver a alguien obedeciendo a Dios sin pruebas visibles. Sin embargo, Noé permaneció firme y se convirtió en heraldo de justicia para su generación. La burla no apagó su fe; la fortaleció.

En una época donde la maldad era el idioma común, donde la violencia llenaba la tierra y el corazón de los hombres se inclinaba continuamente hacia el mal, Dios halló a este hombre diferente. La Escritura lo describe como un hombre justo, íntegro en sus generaciones, que caminaba con Dios (**Génesis 6:9**). Pero esa justicia no sería silenciosa. Noé no solo creyó en Dios; también lo proclamó.

Mientras otros se burlaban, él predicaba la llegada de la justicia divina. Durante 120 años, su vida fue una predicación silenciosa y constante, pero también una provocación a la conciencia de un mundo incrédulo. Cuando Dios le reveló que vendría un juicio catastrófico, Noé no se limitó a construir el arca, sino que se convirtió en un pregonero de justicia (**2 Pedro 2:5**). Mientras sus manos trabajaban la madera, su boca anunciaba el mensaje: “*¡Viene un juicio! ¡Arrepiéntanse! ¡Vuélvanse a Dios! ¡Entren al arca mientras haya tiempo!*”.

Por más de un siglo, su vida fue una predicación constante. El arca misma era un sermón visible, un altar de madera que gritaba al cielo y a la tierra que el Dios justo no pasaría por alto el pecado. Sin embargo, nadie le creyó ni escuchó. La generación de Noé no era solo incrédula; era burladora. Lo veían como un fanático, un religioso exagerado.

Sin embargo, el viejo patriarca no cedió ante la burla. Su fe no necesitaba evidencias visibles; le bastaba la voz de Dios. Él caminó en una convicción que no dependía del apoyo humano. Sabía que, aunque todo el mundo se burlara, Dios no mentía. Siguió predicando, esperando, perseverando. Cada día sin lluvia era una oportunidad más para que la gente se arrepintiera, pero también una oportunidad más para burlarse del predicador.

Lo que hizo Noé fue, en términos humanos, escandaloso. Pero a los ojos de Dios, fue obediencia pura. Su

mensaje no fue recibido, pero fue fielmente anunciado. Su arca no atrajo multitudes, pero fue suficiente para salvar a su familia. Su fe fue ridiculizada por los hombres, pero registrada por el cielo como ejemplo eterno.

Y entonces llegó el día. El cielo se oscureció. Las fuentes del abismo se rompieron. Comenzó a llover. La tierra tembló. El agua subió. Las burlas cesaron. El tiempo de gracia terminó. Las palabras de Noé ya no eran motivo de risa, sino un eco angustioso para quienes lo rechazaron.

Debemos tomar su ejemplo, porque hoy en día también los que predicamos la verdad, el juicio venidero, el arrepentimiento y la salvación en Cristo, somos muchas veces, considerados como fanáticos. La cultura moderna se ríe de los que creemos en la Palabra de Dios. Muchos cristianos fieles sufren burla en su entorno, incluso en sus propias familias. Pero, como Noé, estamos llamados a perseverar.

No estamos llamados a convencer multitudes, sino a ser fieles en predicar el evangelio del Reino. No estamos llamados a buscar aprobación, sino a caminar con Dios. Porque llegará el día cuando la verdad será evidente, y los que hoy se burlan verán que la fe no era locura, sino sabiduría celestial. No habrá un nuevo diluvio, pero el Señor vendrá y todo ojo verá el resplandor de Su gloria. La historia de Noé nos recuerda que es mejor estar del lado de Dios y ser ridiculizado por el mundo, que estar del lado del mundo y ser juzgado por Dios.

Hay otro personaje de fe que no puedo dejar de mencionar, y es nada menos que Abraham. Un hombre llamado a caminar en lo desconocido, a quien Dios se le apareció a sus 75 años, haciéndole un llamado divino que rompió todo esquema racional:

***“Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.”***

Génesis 12:1 al 3

El problema es que Abraham no tenía hijos. Su esposa, Sara, era estéril. ¿Cómo podría él convertirse en padre de multitudes si ni siquiera podía tener un hijo? Desde ese día comenzó una caminata de fe que, humanamente hablando, estaba llena de contradicciones. Y no solo fue una lucha interna, sino que también estuvo rodeado por los cuestionamientos de muchos y la burla de algunos.

Imaginemos las conversaciones a su alrededor: “¿Escucharon? Abraham dice que Dios le habló y que se irá a una tierra lejana que ni siquiera conoce...” “¿Una gran nación? ¿Con esa esposa vieja y estéril? ¡Qué sueños locos tiene este hombre!” Seguramente, a medida que los años pasaban y la promesa no se cumplía, la burla se intensificó. Quizás algunos lo respetaban por su riqueza o carácter, pero por dentro seguramente pensarían: “¿Hasta cuándo va a

seguir creyendo esa historia del hijo prometido? Está envejeciendo... ¿no se da cuenta que lo que sostiene es imposible?”

Tal vez, cada cumpleaños de Abraham ha sido un recordatorio visible de lo improbable. Y sin embargo, él seguía esperando. Cada día que pasaba sin ninguna noticia de un embarazo era una provocación para su fe. Incluso su propia esposa, Sara, llegó a reírse cuando escuchó que tendría un hijo en su vejez (**Génesis 18:12**). Esa risa no era de alegría, sino de incredulidad. Notemos que la burla a la verdad de Dios, por un momento, salió de ellos mismos.

Y no solo eso. Cuando nació Isaac finalmente, a los cien años de Abraham, la Escritura dice que Sara declaró: ***“Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo”*** (**Génesis 21:6**). Esta vez, la risa no era de burla, sino de asombro gozoso. Pero no olvidemos que, para llegar a esa risa de la victoria, Abraham debió pasar por años de espera, silencio, incompreensión... y sí, también de burla generalizada.

No fue el único momento de burlas al patriarca. Cuando los pastores de Lot y los de Abraham riñeron, él cedió el mejor terreno. Seguramente el entorno dijo: “¡Qué viejo tonto! ¡Dejó que su sobrino se aproveche, le otorgó el mejor campo! ¡Qué ignorante!” Pero Abraham confiaba en que Dios era su proveedor y sabía que su promesa era más grande que un campo fértil.

Con el tiempo, cuando Melquisedec lo bendijo y el rey de Sodoma le ofreció riquezas, Abraham las rechazó. **“No tomaré ni un hilo ni una correa de calzado... para que no digas: Yo enriquecí a Abraham”** (Génesis 14:23). Para muchos, esa era otra locura del viejo. Ciertamente rechazar una fortuna de mano de un rey, parecía algo estúpido. Pero para Abraham era una cuestión de integridad y dependencia de Dios.

Tal vez, el mayor escándalo de su fe, vino con el mandato divino de sacrificar a Isaac. ¿Qué pensarían quienes lo vieron subir al monte Moriah con la leña, el cuchillo y el hijo de la promesa? Si alguno supo lo que planeaba hacer, seguramente pensó: “¡Este hombre ha perdido la razón! ¿Matar a su hijo por obedecer la supuesta voz de Dios? ¡Qué disparate! Tantos años deseando tener un hijo y ahora dice que lo quiere matar... ¡Que viejo loco!

Sin embargo, Abraham no dudó. Él creía que Dios era poderoso para resucitar a Isaac si fuera necesario (**Hebreos 11:1 al 19**). Su fe lo llevó más allá de la lógica, las críticas y el escarnio. Tal vez estén pensando que la Biblia no relata esos comentarios, pero la verdad es que todos sabemos cómo funcionan los seres humanos ante las cuestiones de fe. Puede que las palabras que usé no sean textuales, pero no tengo dudas de que fueron similares. Además, ¿no les parece que Abraham sabía que lo estaban cuestionando burlonamente? ¿En verdad creen que los comentarios de la gente no llegarían a sus oídos?

Podemos imaginar a Abraham como un hombre súper serio, formal y absolutamente frío, alguien a quien no le importaban los comentarios de terceros, pero la verdad no creo que haya sido así. Prefiero imaginar a un hombre normal, con sensaciones y sentimientos como los de cualquiera. Un hombre al que seguramente le pesaron mucho los comentarios y las burlas. Sin embargo, no lo suficiente como para anular su fe.

La vida de Abraham es una escuela de fe en medio de la presión, la incomprensión y, muchas veces, la burla. Su historia nos enseña que la fe no siempre recibe aplausos. A menudo, lo que Dios nos promete parece una locura para quienes nos rodean. Pero la fe que agrada a Dios es la que cree aunque pasen los años; es la que sigue obedeciendo aunque las circunstancias griten lo contrario.

Hoy, cuando alguien decide confiar en Dios por encima de lo razonable, puede ser tratado como ingenuo, fanático o iluso. Cuando un cristiano decide esperar en las promesas divinas, perdonar cuando todos aconsejan vengarse o mantener pureza sexual cuando el mundo promueve libertinaje, se expone a la burla. Pero esa fe es preciosa ante Dios.

Al igual que Abraham, estamos llamados a caminar con Dios aun cuando parezcamos locos ante los ojos del mundo. Porque llegará el día en que la promesa se cumplirá, y la risa del cielo será mayor que toda la burla de los hombres.

Quisiera también mencionar a Jacob, un hombre lleno de conflictos, pero también de una fe que luchaba por la bendición. No fue el favorito de su padre ni el primero en la herencia, y fue constantemente subestimado. Incluso su propio nombre, que significa “suplantador”, pudo ser un motivo constante de burla sobre su identidad. Sin embargo, Jacob persistió en su deseo.

Dios había puesto su mano sobre él desde antes de su nacimiento. A su madre Rebeca le fue dicho: **“El mayor servirá al menor” (Génesis 25:23)**. Sin embargo, esa elección divina no le ahorró el camino del dolor, el desprecio ni la burla. Desde temprano, Jacob vivió bajo el peso del favoritismo de su madre y el rechazo de su padre. Isaac amaba a Esaú, el hijo fuerte, el cazador, el que encajaba en el ideal masculino de la época. Jacob, más tranquilo, pastor de ovejas, sensible y piadoso, no encajaba en ese modelo. En una cultura que valoraba la fuerza, Jacob parecía débil.

No es difícil imaginar a otros jóvenes burlándose: “¡Ahí viene Jacob, el de las tiendas! ¡El que cocina guisos mientras su hermano caza leones!” Incluso su propio hermano lo despreciaba. Cuando Jacob adquirió la primogenitura, Esaú la menospreció vendiéndosela por un plato de lentejas y luego le dijo con desprecio: **“¿De qué me sirve a mí la primogenitura?” (Génesis 25:32)**. Ciertamente su hermano, no solo despreciaba su posición, sino que también lo despreciaba a él, o al menos lo tenía por poco.

Más tarde, cuando la bendición llegó a Jacob, Esaú lo odió y planeó matarlo. Jacob tuvo que huir. Abandonó su hogar, su tierra y por no entender cómo vivir en la fe, la bendición se convirtió para él, más en una maldición que otra cosa, porque ciertamente no le sirvió de mucho hasta que no enfrentó los procesos de Dios.

Fue tratado como impostor, engañador, despreciado incluso por quienes más debían entenderlo. Seguramente, mientras huía hacia la casa de su tío Labán, los pensamientos y acusaciones llovían sobre él: “¿Este es el bendecido por Dios? ¡Un fugitivo sin tierra ni familia!”

Durante los largos años con Labán, aunque prosperó, no fue respetado. Su suegro lo engañó una y otra vez: le cambió la esposa entregándole a Lea en lugar de Raquel, luego le cambió el salario diez veces, y lo manipuló con astucia en muchas ocasiones. Jacob fue el blanco de injusticias, y a pesar de ser un empleado fiel, fue explotado por su propio pariente.

¿Cómo hizo Jacob para resistir? Bueno, muchas veces fue menospreciado, pero él creía en el Dios de sus padres. A pesar de todo, y aunque le costó entender la fe, Dios le demostró Su fidelidad. Le habló en sueños, lo prosperó, lo fortaleció y lo procesó hasta transformarlo en un hombre de fe. Jacob aprendió a caminar con Dios, no con el aplauso humano. Su vida fue un taller de carácter, donde Dios quebrantó su autosuficiencia y lo preparó para convertirlo en Israel.

Cuando Jacob volvió a su tierra como Dios le ordenó, tuvo que enfrentar el pasado. Le temía a Esaú que venía a recibirlo con cuatrocientos hombres. Seguramente Jacob se sintió pequeño, frágil, y tal vez se preguntó, si había valido la pena todo lo que había trabajado y todo lo que había logrado fuera de su tierra. Entonces sucedió algo glorioso. En Peniel, el Ángel del Señor luchó con él y Jacob no huyó, sino que lo enfrentó hasta el amanecer y el Ángel tocó el encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras luchaba con él (**Génesis 32:25**).

Fue entonces que Jacob pidió su bendición y recibió de Dios una nueva identidad. De su herida brotó una nueva fuerza, y aunque salió cojeando, salió transformado. Desde entonces, la historia de Jacob dejó de ser la del suplantador, para pasar a ser la de Israel, el hombre quebrantado que venció por la fe. Su hermano, por obra del Señor, en lugar de cumplir con sus amenazas de muerte, solo lo terminó abrazando y extendiéndole su perdón.

Jacob representa a todos los que no encajan con los modelos que el mundo aplaude, con aquellos que han sido rechazados, malinterpretados, o señalados por su pasado. Representa a los que caminan con una promesa, pero viven bajo la sombra de sus fracasos, esperando una redención que tarda. Aquellos que creen, que desean, pero que en lugar de depender de la bendición, procuran generarla con sus fuerzas.

La fe de Jacob no fue perfecta, pero sí perseverante. Y esa fe fue burlada, ignorada, incomprendida. Como él,

muchos creyentes hoy en día, son tratados con desprecio, por no ser “exitosos” según el mundo, por elegir lo invisible sobre lo visible, por depender más de la fuerza de su brazo que de la bendición de Dios. Pero Dios no desecha a los quebrantados. Él transforma a los que son como Jacob en príncipes de su pueblo. Y la herida que algunos usan para burlarse, Dios la usa como marca de identidad. El que cojea, pero sigue caminando con Dios, es más valiente que el que corre sin propósito.

Amados, la burla es un arma espiritual diseñada para debilitar nuestra fe. Ataca lo invisible, lo que aún no se ve, pero que ha sido dicho por Dios. Noé, Abraham y Jacob enfrentaron la burla en distintos momentos y formas, pero todos resistieron y vieron cumplida la Palabra de Dios.

Hoy, más que nunca, los hijos de Dios debemos discernir esta estrategia de las tinieblas. Cuando el mundo se burla de nuestra fe, cuando otros ridiculizan nuestra obediencia, cuando incluso el enemigo nos susurra con desprecio diciendo: “¿Dónde está tu Dios?”. Debemos recordar que quienes se mantienen firmes heredarán las promesas. La fe no necesita la aprobación del mundo; solo necesita la fidelidad de nuestro corazón.

***“Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia. Por eso, no temeremos aunque se desmorone la tierra y las montañas se hundan en el fondo del mar.”***

Salmo 46:1 y 2

## Capítulo tres

# DESENMASCARANDO AL ESPÍRITU DE BURLA

*“Altivo, arrogante y escarnecedor son los nombres del que obra con orgullo insolente.”*

Proverbios 21:24

La burla no siempre llega desde lejos ni se presenta con formas evidentes. A veces, proviene de lo cercano, de lo familiar, de aquello que parece formar parte del entorno cotidiano, pero que en su esencia es ajeno al propósito de Dios.

Bíblicamente, los amonitas son un ejemplo contundente de ello: un pueblo cuya historia comienza con confusión, pecado y vergüenza, y que, a lo largo del relato bíblico, se convierte en un instrumento constante de burla, ataque y desviación contra el pueblo de Dios.

El origen de los amonitas se remonta a un momento de desesperación y decadencia espiritual. Luego de la destrucción de Sodoma y Gomorra, Lot y sus hijas se refugiaron en una cueva, creyendo que el mundo había

llegado a su fin. En ese contexto, las hijas de Lot idearon un plan perverso: emborrachar a su padre y acostarse con él para **“preservar descendencia”** (Génesis 19:30 al 38). De esa relación incestuosa nacieron dos pueblos: Moab y Amón.

Aunque los amonitas siempre fueron nómadas, sus territorios siempre estuvieron próximos a Israel y, aunque su linaje tenía una conexión lejana pero real con el patriarca Abraham, Dios estableció una línea clara de separación espiritual. De hecho, cuando los hebreos estaban por entrar en la tierra prometida, el Señor les ordenó:

***“No entrará amonita ni moabita en la congregación de Jehová; ni hasta la décima generación entrarán en la congregación de Jehová para siempre.”***

Deuteronomio 23:3

Esta exclusión no era meramente étnica, sino una advertencia espiritual. El espíritu que dio origen a Amón, basado en la manipulación, el desorden moral y la autosuficiencia sin fe, no debía tener participación en la vida de la comunidad santa que Dios estaba formando con los hebreos.

Aunque estaban cerca geográficamente, no compartían el pacto ni los valores del Reino. El pueblo de Dios debía discernir para no permitir que lo impuro se mezclara con lo sagrado, especialmente cuando la impureza venía disfrazada de “cercanía”. Seguramente Dios anticipaba la falsa actitud

que los amonitas tratarían de imponer con tal de no ser destruidos.

Durante los años de la conquista de la tierra y el tiempo de los jueces en Israel, los amonitas permanecieron expectantes, y sus intervenciones no fueron tan gravosas. Pero en los días de Nahas el amonita, se manifestó por primera vez la malvada intención de este pueblo lleno de envidia y rencor. Debemos saber que el enemigo nunca está apurado, y siempre espera el momento oportuno para generar sus maldades. Pacientemente considera el momento oportuno y luego ataca.

Sin duda, creo que en ese tiempo ocurrió uno de los episodios más reveladores del espíritu de burla amonita. Eran los días del rey Saúl, el primer rey de Israel. Apenas había comenzado su reinado cuando Nahas, rey de los hijos de Amón, atacó Jabes de Galaad (**1 Samuel 11:1 al 11**). Las poderosas y malvadas fuerzas de Nahas, cuyo nombre significa “serpiente”, ya estaban instaladas en el campamento frente a Jabes de Galaad.

Las fuerzas de esta “serpiente” eran mucho más superiores que las de esa ciudad. Los habitantes, atemorizados, buscaron hacer un pacto de rendición. Pero aquí no funcionó el principio “si no puedes con el enemigo, únete”, porque esta serpiente no venía más que a robar, matar y destruir (**Juan 10:10**). Esto es muy claro, pues la respuesta de Nahas fue cruel y humillante:

***“Con esta condición haré pacto con vosotros: que a cada uno de todos vosotros saque el ojo derecho, y ponga esta afrenta sobre todo Israel.”***

1 Samuel 11:2

Jabes de Galaad significa “monte del testimonio”, y lo que esa serpiente quería destruir para siempre era el testimonio del pueblo de Dios. La analogía es evidente: si Satanás no puede destruir la fe del creyente, al menos buscará que este haga concesiones, intentando obligarnos a negociar aceptando su poder sobre nosotros. El precio pretendía ser muy alto: traer vergüenza al pueblo de Dios.

Esta exigencia no solo era brutal, sino simbólicamente devastadora. El ojo derecho representaba la visión estratégica del guerrero, ya que es el ojo utilizado para disparar con el arco, era la capacidad de defenderse y avanzar. En lo espiritual, representa la visión profética y la claridad de dirección. El espíritu de burla amonita no busca necesariamente matar, sino deformar, humillar y dejar sin visión al pueblo de Dios.

Cuando un creyente pierde su visión espiritual, aunque esté vivo, caminará sin rumbo, y el enemigo se gozará. Cuando una iglesia pierde el “ojo derecho”, se vuelve presa fácil de la confusión, la desorientación doctrinal y la manipulación emocional. Lamentablemente, esto es hoy en día más común de lo que muchos piensan, y es muy penoso ver a los santos dando vueltas de culto en culto sin avanzar

por falta de visión. No tengo dudas de que el enemigo se burla de estos hermanos sin rumbo.

Los representantes de Jabes pidieron un plazo de siete días para enviar mensajeros por todo Israel y pedir ayuda. Se comprometieron a rendirse si nadie acudía en su auxilio. Cuando los mensajeros dieron la mala noticia en Gabaa, donde vivía Saúl, toda la gente comenzó a llorar a gritos. En ese momento, Saúl volvía del campo, donde había estado preparando el terreno para la siembra, y preguntó: ***“¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué llora?”*** Cuando le contaron lo que sucedía en Jabes, el espíritu de Dios vino sobre él, y Saúl se enfureció **(1 Samuel 11:3 al 6)**.

Cuando el Espíritu de Dios vino sobre Saúl, tomó un par de bueyes, los cortó en trozos y los envió por todo el territorio de Israel mediante mensajeros, diciendo: ***“Así se hará con los bueyes del que no salga en pos de Saúl y en pos de Samuel.”*** Y cayó temor de Dios sobre todo el pueblo, que salió como un solo hombre.

Al final se juntaron unos trescientos mil hombres, y treinta mil de Judá. Entonces respondieron a los mensajeros que habían venido: ***“Así diréis a los de Jabes de Galaad: Mañana, al calentar el sol, seréis librados.”*** Los mensajeros regresaron y anunciaron esta buena noticia a los de Jabes, quienes se alegraron y luego dijeron a sus enemigos: ***“Mañana saldremos a vosotros, para que hagáis con nosotros todo lo que bien os pareciere”*** (1 Samuel 11:10).

Aconteció que, al día siguiente, Saúl dispuso al pueblo en tres compañías, y entraron en medio del campamento a la vigilia de la mañana. Hirieron a los amonitas hasta que el día calentó; los que quedaron fueron dispersados, de tal manera que no quedaron dos juntos. Sin duda, la afrenta fue respondida con unidad, autoridad y acción.

Aquí vemos un principio fundamental para desenmascarar y frenar el espíritu de burla: cuando se trata del pueblo de Dios, este espíritu no se vence con pasividad, sino con determinación espiritual y liderazgo ungido. En casos personales, se necesita una firme resolución para enfrentar la intención del enemigo, no soportando resignadamente sus demandas ni sometiéndose a sus burlas.

***“Echa fuera al burlador, y saldrá la contienda; y cesará el pleito y la afrenta.”***

Proverbios 22:10 - OSO

Unos años después, ya reinando el rey David, murió el rey de los amonitas, y en su lugar subió al trono su hijo Hanún. David quiso actuar con bondad hacia él y dijo: ***“Voy a tratar a Hanún con la misma bondad con que me trató Nahas, su padre.”*** (2 Samuel 10:2). Entonces envió mensajeros a Hanún para consolarlo por la muerte de su padre.

Sin embargo, cuando los mensajeros llegaron a la tierra de los amonitas, los jefes le dijeron a Hanún: ***“¿De veras cree Su Majestad que David envió a sus mensajeros para***

*consolarlo? ¡Claro que no! Los envió como espías, para que luego pueda conquistar nuestra ciudad” (2 Samuel 10:3).*

Entonces Hanún mandó apresar a los mensajeros de David, y ordenó que les cortaran la mitad de la barba y que los enviaran de regreso a su tierra, desnudos de la cintura para abajo. Los mensajeros regresaron muy avergonzados, y cuando David se enteró, les mandó decir antes de que llegaran: ***“Quédense en Jericó y no regresen hasta que les crezca la barba.”*** Aquí vemos que David no permitió que la vergüenza de sus servidores fuera mayor, y les dio un tiempo para la restauración. Sin embargo, el rey se enojó y determinó no dejar pasar la burla de los amonitas.

Por supuesto, los amonitas se enteraron de que David estaba muy enojado. Entonces contrataron a algunos arameos de Rehob y Sobá para que se unieran a ellos en la batalla contra David. También contrataron a mil hombres del rey Maacá y a doce mil de Tob. Los arameos enviaron veinte mil soldados, quienes acamparon junto con las fuerzas de Tob y Maacá.

Los amonitas salieron a la guerra y se formaron a la entrada de la ciudad. David se dio cuenta y envió a la batalla a Joab, junto con todo su ejército y sus mejores soldados. Cuando Joab vio que los arameos atacarían por un lado y los amonitas por el otro, eligió a los mejores soldados israelitas y atacó a los arameos.

Finalmente, junto a su hermano Abisai, pelearon contra los amonitas y los hicieron huir. Cuando Joab dejó de combatir, regresó a Jerusalén. Notemos que ante la burla, el rey David respondió con estrategia militar y firmeza. La lección es clara: el honor de los siervos de Dios es algo que el Señor defiende, y hay burlas que simplemente no se deben permitir. Los hijos de Dios debemos actuar con humildad, pero también con firmeza.

Este espíritu no solo procura deshonar a los siervos de Dios, sino también burlarse de la obra del Señor. El espíritu de burla intenta convertir la obediencia y la bondad en motivo de escarnio. El mundo y el sistema cultural actual continúan con esta lógica: se burlan de quienes servimos a Dios, de nuestra consagración, dignidad, progreso, fidelidad conyugal, compromiso con la verdad y todas nuestras santas convicciones.

Sin embargo, aunque debemos usar la paz, la mansedumbre, la blanda respuesta y la humildad, debemos ser firmes en nuestra postura. Hoy, gracias a Dios, no tenemos que salir a la guerra con espada en mano ni matar a alguien, pero es bueno reconocer las batallas que no podemos perder en el plano espiritual.

Ser burlados por el enemigo y no ponernos firmes de manera espiritual es caer en las redes de la vergüenza, el desánimo, la frustración y la amargura. Los hijos de Dios debemos ser aguerridos espiritualmente, firmes e inquebrantables, de modo que, al identificar un intento de

burla, podamos actuar con autoridad espiritual y fe, demostrando que lo que siempre fracasan son los planes del enemigo, no los del Rey de Gloria.

Este mismo espíritu que operó en los amonitas a lo largo de la historia se manifestó nuevamente contra la vida del hijo de David, el famoso rey Salomón. Recordemos que el sabio rey cayó cautivo en una trampa del enemigo: se casó con muchas mujeres extranjeras, entre ellas mujeres amonitas.

La Escritura dice claramente que estas mujeres ***“inclinaron su corazón tras dioses ajenos”*** (1 Reyes 11:1 al 8). La madre de su hijo Roboam, Naama, era precisamente amonita, y esto no fue un detalle sin importancia. Fue una semilla espiritual que trajo consecuencias duraderas. Salomón edificó altares a dioses falsos, incluyendo a Milcom, el abominable dios de los amonitas.

Milcom era una deidad poderosa, adorada a través de sacrificios, principalmente de niños, y se le representaba como una figura humana con cabeza de carnero o becerro. Su principal demanda era la aceptación de sacrificios y la adoración como deidad principal. Esto es muy grave, pues los eruditos consideran que Salomón llegó a ofrecer niños en sacrificios a este dios amonita.

Aquí vemos cómo el espíritu de burla no solo ataca desde afuera, sino que busca infiltrarse por medio de los afectos, las relaciones sentimentales y los vínculos sin

discernimiento. No se opone frontalmente, sino que desvía el corazón lentamente, hasta apagar la fidelidad, con lo cual el resultado final es trágico.

La pérdida de la presencia de Dios, la división del reino y la inestabilidad generacional se produjeron a través de este pecado. ¿Cómo creen que se han sentido los enemigos de Israel al saber que un rey tan poderoso y sabio como Salomón, terminó postrado ante dioses paganos, dejando una herencia de dolor y pérdida a su hijo? Debemos entender que el enemigo no descansa al respecto; siempre procura la destrucción y no debemos bajar la guardia.

El gran problema de Salomón queda claro en el libro de Eclesiastés, cuando escribe: ***“Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida.”*** (Eclesiastés 2:3). En otras palabras, Salomón fue un hombre sabio, pero a la vez decidió conservar su necedad, y esa mezcla fue mortal para él y para su descendencia.

Los hijos de Dios debemos solicitar sabiduría, como lo propone el apóstol Santiago: ***“Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios...”*** (Santiago 1:5), pero no debemos retener la necedad, porque terminaremos actuando estúpidamente y, al final, la burla también llegará con nuestro fracaso. Debemos ser determinados y firmes, no dando lugar

al diablo para que huya de nosotros y de nuestra casa (**Santiago 4:7**).

Por último, años después, el espíritu de burla de los amonitas volvió a resurgir. Tras el cautiverio en Babilonia y cuando Nehemías fue enviado por Dios a liderar la reconstrucción de los muros de Jerusalén, enfrentó enemigos externos que se opusieron a su obra, así como burladores internos. Entre ellos estaba Tobías, quien era amonita. Su forma de atacar fue con palabras de desdén:

*“¿Lo que ellos edifican del muro de piedra,  
Si subiere una zorra, lo derribará!”*

Nehemías 4:3

Tobías representa ese espíritu que desprecia el esfuerzo del justo, que se ríe del proceso de restauración y profetiza fracaso sobre cada paso de obediencia. Es el espíritu que dice: “Eso no va a durar...” “Tu llamado no tiene sentido...” “Tu obra no prosperará...” “Tu esfuerzo es en vano.”

Pero Nehemías, gran ejemplo de valentía y fe, no se dejó intimidar. Oró a Dios y puso vigilantes. Fortaleció al pueblo y continuó edificando, con una mano en la espada y otra en el trabajo (**Nehemías 4:17**). Este es un claro antídoto contra el espíritu de burla: utilizar el discernimiento espiritual, la oración constante y la perseverancia con visión.

La espada en una mano representa la clara determinación de batallar por lo que creemos que debemos defender con fe, y la mano en el balde y la cuchara simboliza la determinación de gestionar con obras lo que estamos creyendo. Detenernos no es una opción. Cuando este espíritu de burla, que pretende detenernos, vea que estamos firmes y determinados, se rendirá. Claramente, nuestra actitud es fundamental frente al espíritu de burla.

Este espíritu, que bíblicamente se manifestó claramente a través de los amonitas, no debe tener lugar hoy en día en la congregación del Señor. No es un enemigo lejano, sino uno que quiere infiltrarse, ser tolerado. Es un espíritu que corrompe la visión, deshonra el servicio, contamina el corazón y paraliza los procesos de restauración. El Señor advirtió al pueblo a través de Moisés:

***“No podrán entrar en la asamblea del Señor los amonitas ni los moabitas, ni ninguno de sus descendientes, hasta la décima generación.”***

Deuteronomio 23:3 NVI

Decir que los amonitas no debían entrar hasta la décima generación era decir que nunca los dejaran entrar. Este espíritu no puede ser ignorado ni negociado. Debe ser resistido, como Saúl en sus buenos días, como David con celo, y como Nehemías con firmeza. Porque el que se burla de la obra de Dios, al final no se burla del hombre, sino de Dios mismo.

Las preguntas lógicas serían: ¿Estamos tolerando la burla en forma de cinismo, sarcasmo o liviandad espiritual? ¿Permitimos alianzas peligrosas que contaminan el corazón? ¿Estamos perdiendo la visión por miedo a enfrentar la afrenta? ¿Estamos resistiendo con firmeza y valentía espiritual? ¿Hemos podido discernir claramente cada vez que este espíritu ha tratado de atacarnos?

***“No os engañéis; Dios no puede ser burlado...”***  
Gálatas 6:7



## Capítulo cuatro

### LA VIDA DE REINO Y LOS BURLADORES

*“Hallé a David mi siervo;  
Lo ungué con mi santa unción.  
Mi mano estará siempre con él,  
Mi brazo también lo fortalecerá.  
No lo sorprenderá el enemigo,  
Ni hijo de iniquidad lo quebrantará;  
Sino que quebrantaré delante de él a sus enemigos,  
Y heriré a los que le aborrecen.  
Mi verdad y mi misericordia estarán con él,  
Y en mi nombre será exaltado su poder.”*

Sal 89:20 al 24

El rey David es un personaje muy extraordinario para encontrar enseñanzas en la Biblia. De hecho, escribí un libro titulado: “Corazón de rey”, que ciertamente les recomiendo leer. David fue un hombre muy especial, pues su vida estuvo marcada por muchos eventos traumáticos, pero también por grandes conquistas. Fue el rey que la Biblia más menciona y el que conservó la promesa eterna de su reinado. Fue el único

a quien Dios elogió de manera muy especial y el único que adoró a Dios con absoluta pasión.

No puedo dejar de citarlo nuevamente para destacar las muchas veces que el espíritu de burla y menosprecio atacó a David. Ya desde su juventud incipiente, David comenzó a padecer el asedio espiritual, pues hay algo particularmente ofensivo para el espíritu de burla: el llamado de Dios sobre alguien sin aparentes capacidades. Cuando la gracia escoge lo débil para avergonzar lo fuerte (**1 Corintios 1:27**), se levanta una oposición espiritual que busca ridiculizar y descalificar ese llamado desde su nacimiento.

Eso fue lo que ocurrió con David, el hijo menor de Isaí, el olvidado entre los rebaños, el dulce cantor de salmos, el jovencito pastor, el hermanito despreciado, el adorador apasionado, el que menos consideraron para un llamado de rey. Sin embargo, cuando el profeta Samuel fue enviado a ungir al futuro rey, Dios mismo le señaló que su escogido era el pequeño David, y fue entonces que surgió el famoso versículo:

***“Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón...”***

1 Samuel 16:7

A lo largo de su vida, David enfrentó distintos rostros del menosprecio y de la operación de este espíritu: burla familiar, burla militar, burla religiosa, burla política, burla emocional y burla espiritual. Este capítulo examina cada una de estas formas, revelando cómo el espíritu de burla trató de detenerlo en cada etapa de su desarrollo. Sin embargo, su corazón siempre estuvo firme en la fidelidad de Dios.

La verdad es que, cuando el profeta Samuel llegó a la casa de Isaí con la orden divina de ungir a uno de sus hijos como rey, el padre presentó a todos... excepto a David. No fue un olvido casual, sino una exclusión intencional. Isaí no creía que el pequeño pastor fuera digno de consideración. Lo dejó en el campo con las ovejas mientras los demás eran evaluados. Por eso, solo al final, cuando Samuel preguntó si quedaba algún hijo más, recién entonces Isaí dijo: ***“Queda aún el menor, que apacienta las ovejas...”*** (1 Samuel 16:11).

Ese ***“queda aún...”*** es un eco de muchos que han sido relegados por sus familias. El espíritu de burla muchas veces comienza en casa, con frases como: “no eres capaz...” “no eres como tus hermanos...” “dedícate a otra cosa...” Pero Dios ve donde los hombres no miran. Él escoge al que nadie elige y empodera al que menos lo espera. Al final, es Dios el que se burla de los burladores, pero da gracia a los afligidos (Proverbios 3:34).

El primer lugar donde la burla hiere es en el seno familiar. Pero el ungido no necesita el permiso de sus

parientes para caminar en su llamado. La unción sabe quién es y dónde está. El Señor lo empoderará y se glorificará en él. Con el tiempo, todos los escarnecedores que lo criticaron o menospreciaron deberán reconocer la gracia de Dios sobre su vida.

Una de las historias más populares de David es su enfrentamiento con el gigante Goliat. La historia se encuentra en **1 Samuel 17**. David fue enviado por su padre a llevar alimento a sus hermanos, y al llegar se encuentra con un gigante filisteo llamado Goliat, quien se burlaba de todo el pueblo de Dios.

Goliat desafiaba a todo el ejército israelita y, por lógica, estaba menospreciando a Dios. Decía: *“¿Por qué están todos en orden de batalla? Yo soy filisteo, y ustedes son siervos de Saúl. Así que elijan a un hombre y mándenlo a pelear conmigo. Si me mata, él gana y los filisteos se convertirán en sus esclavos. Pero si yo lo mato a él, entonces yo gano y ustedes se convertirán en nuestros esclavos. ¡Ustedes tendrán que servirnos!”* (**1 Samuel 17:8 y 9 DHH**). Por supuesto, nadie aceptaba el desafío de Goliat, porque todos tenían miedo.

Esta burla continuó durante semanas; de hecho, el versículo **16** afirma que Goliat se burló de los israelitas durante cuarenta días. Al llegar David, oyó las burlas de Goliat y preguntó por qué nadie hacía nada al respecto. Sin embargo, su hermano mayor lo atacó con palabras hirientes diciéndole: *“¿Para qué has descendido acá? ¿Y a quién has*

***dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón, que para ver la batalla has venido” (1 Samuel 17:28).***

Eliab no solo menospreció el rol de pastor que ejercía David, sino que cuestionó sus intenciones. Aquí vemos la burla sarcástica del religioso que no comprende la fe valiente de un hermano. Sin embargo, David no dimensionó lo que dijo su hermano y determinó ignorarlo al postularse como contrincante del gigante Goliat.

Como nadie se ofrecía a pelear con el gigante, David llamó la atención de todos, y al verlo tan determinado, el rey Saúl lo convocó y le entregó una armadura suya. David no pudo moverse con esa gran armadura y prefirió tomar cinco piedras del arroyo y enfrentar al burlador que dijo: ***“¿Soy yo perro, para que vengas a mí con palos?... Y maldijo a David por sus dioses” (1 Samuel 17:43).***

Todos conocemos la historia: David lanzó una piedra que, al impactar en la frente de Goliat, derribó al gigante. Luego, victorioso, le cortó la cabeza, y ante el asombro de todos, la presentó ante el rey. A David no le importó la burla del gigante hacia todo el ejército, ni la burla de su propia gente, incluso cuando se mofaron de él por su tamaño, juventud y armamento. Pero no aceptó que Goliat se burlara de Dios. Por eso, no fue la piedra la que le dio la victoria, sino que al enfrentarlo dijo: ***“Tú vienes a mí con espada... mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová...” (1 Samuel 17:45).***

El espíritu de burla se disfrazó de lógica militar y religiosidad vacía. Sin embargo, la fe no se mide por el tamaño del enemigo, sino por la grandeza del Dios que nos respalda. David no solo deseaba que brillara la gloria de Dios, sino que el nombre del Señor fuera engrandecido a causa de esa batalla. Consideraba que se trataba de la reputación de Dios, no de la suya.

David habló a los soldados que debían reaccionar no por las burlas de Goliat hacia ellos, sino porque Goliat estaba desafiando a los ejércitos del Dios viviente. En otras palabras, en el versículo **26**, a David le preocupaba que el nombre de Dios se debilitara, porque si el ejército de Israel se veía débil, Dios se vería débil. Deseo remarcar esto, en el versículo **45**, David afirma que Goliat está desafiando el nombre de Dios. Cuando el enemigo pretende burlarse de un hijo de Dios, en el fondo está tratando de desacreditar a su Padre celestial.

David no solo enfrentó a Goliat para honrar el nombre y la gloria de Dios, sino que creía que la victoria no sería producto de su poder. No pensaba que estaba defendiendo a Dios, sino honrando Su poder. Por eso le dijo a Saúl que él podía ganar esa batalla, porque el mismo Dios que lo había ayudado anteriormente a defender sus ovejas de fieras como osos y leones, también lo libraría de la mano del enorme filisteo.

Esto debe quedarnos muy claro: David no se enfrentó a Goliat para engrandecer su nombre o su gloria. Ni siquiera

lo hizo por el nombre o la gloria de los israelitas ni de su ejército. Lo hizo por el nombre de Dios, y nunca creyó que podría derrotar a Goliat con su propio poder, sino que confiaba en el poder de Dios.

Aprender esto nos libra de enfrentar al espíritu de burla con nuestras propias fuerzas o por causa de nuestro ego. Esa no es la idea. Lo que debemos hacer es actuar como embajadores del Reino, enfrentando espiritualmente las hostilidades bajo la revelación de quién es nuestro Padre y a quién representamos en la tierra.

Después de su victoria sobre Goliat, David se convirtió en héroe nacional, y el rey Saúl parecía estar muy contento. Pero, de pronto, el rey comenzó a envidiar su popularidad y lo persiguió con saña. David, ya ungido por Dios, sabía que sería el futuro rey, pero debió vivir como prófugo, escondido en cuevas, internándose entre los filisteos y fingiendo locura para salvar su vida (**1 Samuel 19**).

Uno de los momentos más simbólicos de este descenso es cuando llega a Gat y se presenta ante Aquis. Para evitar ser ejecutado, actuó como un loco: se rasguñaba la cara, hablaba incoherencias y dejaba correr la saliva por su barba (**1 Samuel 21:13**). David era el ungido de Dios, pero las circunstancias lo llevaban a la humillación de su propia persona.

El espíritu de burla no solo ataca desde fuera, sino que empuja a situaciones donde la dignidad parece perderse. Aun

así, Dios no se olvida de los suyos. En esa etapa, David escribió salmos de confianza que, hasta hoy, siguen siendo inspiración para millones. **Salmos** como el **34** o el **57** expresan tormento y angustia, pero también fe. Aunque el mundo lo escarneciera, David nunca dejó de alabar a Dios.

Seguramente, quienes conocían a David lamentaron su situación, y sabiendo que fue un personaje nacional muy popular y distinguido, muchos hicieron escarnio de su actitud aparentemente cobarde. En realidad, David pudo haber matado a Saúl y convertirse en el nuevo rey de Israel, quedando como alguien valiente y determinado, pero él no buscaba la complacencia humana, sino solo agradar a Dios.

Por eso, un día cortó el borde de la ropa de Saúl y aun de eso se arrepintió, porque consideraba que si Dios lo había llamado, Dios lo promovería. Él no necesitaba ganar por fuerza lo que le había sido otorgado por gracia. Amados, cuando Dios nos llama y nos unge con propósito, no importa la situación que atravesemos, ni siquiera los valles de sombra y muerte, tal como dijo el mismo David (**Salmo 23:4**), nada debe desanimarnos, porque el Buen Pastor siempre está a nuestro lado.

Personalmente, he tenido momentos buenos y malos, he pasado dificultades familiares y soportado tiempos de escasez y abundancia. He predicado en victoria y también cuando me he sentido derrotado por las circunstancias. Pero, al final, la fe no implica entenderlo todo, sino mantenerse fiel a pesar de todo. El enemigo sabe cuándo puede lograr algo

con las pruebas y cuándo no tiene estrategias válidas contra un siervo de Dios que simplemente obedece y adora.

***“David y todo el pueblo danzaban alegremente delante del Señor, al son de instrumentos musicales de madera de haya, y de arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos. Al llegar a la era de Nacón, los bueyes tropezaron y Uzá estiró la mano para sujetar el arca. Pero el Señor se enojó muchísimo contra Uzá por haberse atrevido a tocar el arca, y allí mismo hirió a Uzá, y éste cayó fulminado. David se puso muy triste de que el Señor hubiera dado muerte a Uzá...”***

2 Samuel 6:5 al 8 RVC

Cuando David ya era rey y trató de llevar el arca a Jerusalén, falló en el primer intento; por tal motivo, muchas personas lo criticaron, pues su idea de traer la presencia a Jerusalén había provocado muerte. Incluso no faltaron quienes lo culparon y comentaron que él no tenía el respaldo de Dios para su gobierno, ni para acercarse al arca de Dios.

En el segundo intento, David avanzó con el arca sobre los hombros de los sacerdotes y ofreció numerosos holocaustos para honrar a Dios. Luego comenzó a cantar sus salmos y a danzar cánticos espirituales, manifestando su gozo ante la presencia divina. Pero desde una ventana, su esposa Mical lo observaba y lo despreció en su corazón por verlo danzar de esa manera a la vista de todo el pueblo. Al regresar a su casa, ella le lanzó una crítica cargada de ironía:

***“¿Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel... descubriéndose delante de las criadas como un cualquiera!”***

**2 Samuel 6:20**

No cabe duda de que en Mical se manifestó el espíritu de burla, aquel espíritu que pretende ridiculizar la adoración genuina. Mical, hija de Saúl, llevaba en sí la amargura de una religiosidad sin presencia, por lo que no podía comprender la pasión de David. De hecho, en lugar de ofenderse o sentirse humillado por sus palabras, el rey le respondió: ***“«Sí, dancé; pero lo hice delante del Señor, porque él me eligió para reinar sobre su pueblo Israel. El Señor me ha preferido a mí, en lugar de tu padre y de toda tu familia. Y aún podría rebajarme más, según tu opinión, pero a los ojos de las criadas que tú mencionas seré objeto de honra” (2 Samuel 6:21 y 22).*** Curiosamente, el versículo siguiente señala que Mical, hija de Saúl, nunca tuvo hijos hasta el día de su muerte (**2 Samuel 6:23**).

Aquellos que se convierten en instrumentos de burla nunca sacan provecho de sus acciones; generalmente, el mismo Señor les trunca el futuro, porque no hay nada peor que ser un canal de burla contra un hijo del Altísimo. Lamentablemente, hoy muchos dejan de alabar con libertad por temor a la burla de los “Mical” modernos: se vuelven fríos, críticos y distantes, solo por el “qué dirán” de su entorno. Pero los verdaderos adoradores no bailan para las ventanas, sino para el trono; así, es como el espíritu de burla es burlado.

Una de las situaciones más relevantes y penosas en la vida de David fue cuando, en lugar de salir a la batalla, se quedó en el palacio y terminó pecando con la hermosa Betsabé. Este pecado cometido ante Dios, que tal vez no sería tan grave en la vida de un rey cualquiera, trajo una dura lección para David.

Cuando David se enteró de que Betsabé estaba embarazada, trajo de la guerra a su marido Urías Heteo con la idea de que se acostara con ella y todo quedara en secreto. Sin embargo, Urías, un soldado fiel, no aceptó acostarse con su esposa, ni siquiera bajo la insistencia del mismo David. Lo peor fue que el rey entregó una carta, por mano del mismo Urías, para que lo enviaran al frente de batalla y fuera asesinado por el enemigo.

Tiempo después, el profeta Natán lo confrontó contándole una historia que abiertamente desenmascaró su hipocresía. Entonces, David se arrepintió, pero Dios le dijo: *“Con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová”* (2 Samuel 12:14). El espíritu de burla se alimenta de los escándalos del pueblo de Dios. Los enemigos no solo se burlaron de David, sino del Dios que lo había ungido. La vergüenza pública fue parte del juicio que sobrevino al rey.

Cuando un líder cae, el escarnio se multiplica. Pero el arrepentimiento genuino puede desactivar la obra del enemigo. David no negó su pecado; lo confesó, lo lloró y escribió el **Salmo 51** como testimonio eterno de su restauración. La Iglesia de hoy no debe matar a sus generales

heridos; debemos comprender que los ataques espirituales son reales y que, si un hermano falla, entre todos debemos levantarlo. Al final, nuestro único interés debe ser que no gane el diablo.

Por supuesto, las consecuencias del pecado son inevitables. Años después, Amnón, el primogénito de David, violó a su hermana Tamar, y otro hijo llamado Absalón, terminó asesinandolo para vengar a su hermana. Es decir, a David no solo se le había muerto el hijo con Betsabé, sino que su primogénito se convirtió en un violador, su hija en una víctima, otro hijo en un asesino y, finalmente, el primogénito asesinado. Esto sí fue toda una tragedia familiar.

Absalón fue desterrado, pero con el tiempo regresó a su tierra para rebelarse contra David y derrocar su gobierno. Para evitar una guerra civil contra su propio hijo, David abandonó Jerusalén, su trono, el arca del pacto y todas sus concubinas. Entonces subió por el camino que conduce al monte de los Olivos, llorando mientras caminaba, con la cabeza cubierta y los pies descalzos en señal de dolor. Las personas que lo acompañaban también se cubrieron la cabeza y lloraban mientras subían el monte (**2 Samuel 15:30**).

No tengo dudas de que, ante esto, sus detractores, o aquellos que no sentían simpatía por el rey, se habrían regocijado con su dolor, y seguramente algunos se burlaron de su situación. De hecho, la Biblia relata que Simei, un pariente de Saúl, salió a su encuentro para maldecirlo, diciendo: “*¡Fuera, fuera, hombre sanguinario!... Jehová*

***ha devuelto sobre ti toda la sangre de la casa de Saúl” (2 Samuel 16:7 y 8).***

Simei arrojó polvo, piedras y maldiciones sobre el rey exiliado. Uno de los siervos quiso callarlo, pero David le respondió: ***“Jehová le ha dicho que maldiga... quizás Jehová mirará mi aflicción...” (2 Samuel 16:12).*** El espíritu de burla es oportunista; procura aprovechar nuestras caídas, nuestras crisis, nuestros momentos más bajos para escarnecernos. Pero el rey David nos enseña mucho, porque él sabía que Dios lo vindicaría en su tiempo, y nosotros debemos tener esa misma confianza.

La vida de David fue un campo de batalla espiritual, no solo contra filisteos, sino contra el menosprecio, la ironía, la acusación y la burla. Fue herido, traicionado, perseguido, humillado, pero nunca perdió su fe. Nunca dejó de cantar. Nunca renegó del Dios que lo escogió.

El espíritu de burla intentó anular su llamado desde su juventud hasta su vejez, pero no pudo impedir que David cumpliera su propósito. Sus cicatrices no lo descalificaron; lo marcaron como un hombre de Dios forjado en el fuego de la aflicción.

Si alguien ha sido burlado, excluido o menospreciado, no es el único que ha sufrido tal cosa. David también padeció y luego salió victorioso. Si los propios errores han traído vergüenza, aún puede ser restaurado como David. Si enfrenta

burlas por su adoración, por su fe o su obediencia, recuerde que quien danza para Dios no teme la crítica de las personas.

Si alguien está en el “exilio” emocional o espiritual, y si las voces de Simei le gritan que todo se acabó, espere, no se perturbe, porque nuestra posición en Cristo no puede ser trastocada por nadie, y al final, en las situaciones de la vida, Dios siempre tiene la última palabra.

***“¡Bendito seas, mi Dios, tú que vives y me proteges!***

***¡Alabado seas, mi Dios y Salvador!***

***¡Tú me permitiste vengarme de mis enemigos!***

***¡Tú pusiste a los pueblos bajo mi dominio!***

***Tú me pusiste a salvo de la furia de mis enemigos.***

***Me pusiste por encima de mis adversarios,***

***Y me libraste de gente violenta. Por eso, Dios mío, yo te alabo y te canto himnos en medio de las naciones.***

***Tú siempre le das la victoria al rey que pusiste sobre Israel. Tú siempre les muestras tu amor a David y a sus herederos...”***

Salmo 18:46 al 50



## Capítulo cinco

# LA VIDA PROFÉTICA Y LOS BURLADORES

***“Hermanos, tomad como ejemplo de paciencia y aflicción a los profetas que hablaron en el nombre del Señor.”***

Santiago 5:10

La figura del profeta en el Antiguo Testamento representa a aquel que vive con el oído inclinado al cielo y la boca encendida por el fuego de Dios. Los profetas no eran portavoces del pueblo, sino mensajeros de lo alto. Su llamado los llevaba a confrontar estructuras, denunciar injusticias, revelar pecados ocultos y anunciar lo que estaba por venir. Sin embargo, lejos de ser honrados, la mayoría de ellos fueron rechazados, ignorados o directamente burlados por aquellos a quienes eran enviados.

El espíritu de burla encontró en los profetas un blanco predilecto. No podía soportar la claridad de sus mensajes ni la autoridad de sus voces. Cada palabra profética era una amenaza al pecado enquistado, a la falsa religión, al orgullo nacionalista y al corazón endurecido. Por eso, la estrategia más común del enemigo fue desacreditarlos mediante la

burla. Convertir lo sagrado en objeto de mofa ha sido siempre un método satánico para anestesiar la conciencia del pueblo.

Por ejemplo, Jeremías fue muchas veces llamado “el profeta llorón”, pero su llanto siempre estuvo impregnado de profunda lógica y verdad. Como vemos en su libro y en Lamentaciones, Jeremías no lloraba solo por sus aflicciones, sino también por la compasión que sentía ante la incredulidad de su pueblo.

Él era un hombre profundamente afectado por el pecado de su nación y por el rechazo que recibía de ella. Él mismo describe su angustia: ***“Cada vez que hablo, tengo que gritar; proclamo: ¡Violencia y destrucción! Así la palabra del Señor ha sido para mí afrenta y escarnio cada día”*** (Jeremías 20:8). Su mensaje no fue un mensaje de esperanza, y por ello tampoco fue bien recibido por el pueblo, y mucho menos por los gobernantes de su tiempo.

El espíritu de burla atacaba constantemente su emocionalidad, su juventud, su mensaje impopular y su insistencia en el juicio. Lo ridiculizaban por no alinearse con los falsos profetas que prometían victoria contra los enemigos y una paz duradera. Lo golpearon, lo arrojaron a una cisterna y sus propios vecinos conspiraron contra él. Pero Jeremías no se rindió. A pesar del escarnio, la Palabra era como un fuego en sus huesos, y él no pudo dejar de proclamarla.

Jeremías era considerado un profeta de mala suerte por predicar desastre, lo que generaba desconfianza y rechazo en quienes lo escuchaban. La gente se burlaba de sus predicciones, dándolas por falsas o irrealizables. Por eso Jeremías se quejó ante Dios diciendo: ***“Dios mío, con lindas palabras me llamaste, y yo acepté tu invitación. Eres más fuerte que yo, y por eso me convenciste. A toda hora, la gente se burla de mí. Cada vez que abro la boca, tengo que gritar: ¡Ya viene el desastre! ¡Ha llegado la destrucción! No hay día que no me ofendan por predicar tu mensaje”*** (Jeremías 20:7-8, BLS).

Jeremías amaba a su pueblo, pero no tenía opciones de parte de Dios, pues le era necesario entregar el mensaje de condenación. La nación toda había pecado, apartándose de Dios, adorando dioses falsos e ignorando la Ley. En una ocasión, Jeremías les dijo de parte de Dios: ***“Enviaré un ejército poderoso y los haré huir ante sus enemigos. ¡Su país será destruido; será la burla de todas las naciones! Los que pasen y lo vean, no podrán disimular su asombro. ¡Ese día sabrán que los he abandonado!”*** (Jeremías 18:16). Acaso ¿podemos imaginar lo que eso despertaría en los oyentes?

La Biblia dice que cuando la gente lo escuchó, comenzaron a planear contra Jeremías: ***“Acusémoslo de algún crimen, y así lo callaremos para siempre. De todos modos, nunca nos faltará un sacerdote que nos enseñe la ley, ni un sabio que nos dé consejos, ni un profeta que nos hable de parte de Dios”*** (Jeremías 18:18).

Jeremías fue abatido por estas situaciones tan desagradables, pero no podía dejar de decir lo que Dios le ordenaba. Por eso, en su libro titulado Lamentaciones, escribió: *“Ya me partió el corazón con sus terribles flechas. Dios ha llenado mi vida de tristeza y amargura. Todo el día y a todas horas, la gente se burla de mí...”* (Lamentaciones 3:13, LBS).

Jeremías experimentaba el sufrimiento personal de ser rechazado y ridiculizado por su mensaje. Su advertencia no era valorada, lo que hacía su labor aún más difícil. La burla reflejaba la resistencia del pueblo a escuchar y obedecer la voluntad de Dios. Sin embargo, la gran lección que nos deja Jeremías es su fidelidad: a pesar de su profundo dolor, nunca se apartó de la verdad ni prestó su boca para conformar a las multitudes como pretendió el enemigo. Ojalá todos los profetas de hoy no vendieran la verdad a cambio de reconocimiento, fama o dinero.

Por su parte, Elías fue uno de los profetas más emblemáticos del Antiguo Testamento. Fue usado por Dios para confrontar la idolatría nacional, desafiar al rey Acab y enfrentarse a los profetas de Baal. El monte Carmelo fue el escenario de una victoria contundente, ya que en esta confrontación fueron vencidos los falsos profetas y luego fuego descendió del cielo, el pueblo cayó postrado y los sacerdotes de los dioses falsos fueron ejecutados (**1 Reyes 18**).

Cualquiera pensaría que ese momento marcaría el fin de la oposición y la gran levantada de Elías, ya que el profeta oró y volvió la lluvia sobre la tierra. Sin embargo, inmediatamente después de este trascendente hecho, el espíritu de Jezabel se levantó con furia: ***“Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses... si mañana a estas horas no he puesto tu persona como la de uno de ellos” (1 Reyes 19:2).***

Esta no fue una batalla física, sino un ataque psicológico y espiritual. Jezabel no le envió un ejército, le envió una amenaza. Pero esa amenaza estuvo cargada de una fuerza demoníaca que atravesó el alma del profeta. Elías, que un día antes estaba en la cima, pero que al día siguiente se encontraba huyendo por su vida, escondiéndose en el desierto, y desplomado bajo un arbusto queriendo morir, dijo: ***“Basta ya, oh Jehová, quítame la vida” (1 Reyes 19:4).***

Aquí vemos cómo el espíritu de burla opera también en forma de intimidación post-victoria, haciendo sentir al profeta solo, cansado, derrotado, como si nada hubiera cambiado. Elías se sintió inútil, desconectado y emocionalmente agotado.

Cualquiera diría que ese debió ser su mejor momento, pero aquí la enseñanza: Cuando el ministerio nos agota espiritualmente, cuando hay confrontaciones que nadie comprende, pero que debemos afrontar, el enemigo aprovecha para lanzar sus descalificadores pensamientos, que procuran echar por poco todo lo que hemos logrado.

Pero Dios no tenía pensado terminar con el ministerio de Elías, por lo cual le dio descanso, lo alimentó, lo direccionó, y finalmente le habló con ternura, no con truenos ni terremotos, sino con un silbo apacible. El mensaje era claro: aunque el enemigo lo quería destruir emocionalmente, Dios, aún tenía planes para Elías.

El espíritu de burla no solo se manifiesta en risas o en insultos abiertos. A veces se disfraza de amenaza, de soledad, de pensamientos de fracaso. A veces actúa en la mente del siervo de Dios, haciéndole creer que su labor no tuvo sentido. Pero tal como con Elías, el Dios que llama también sostiene. Dios nunca se desentiende de sus siervos, por el contrario, desde el silbo apacible le susurró una nueva misión. Hasta que Dios no dice basta, siempre habrá nuevas oportunidades para quienes le han servido con fidelidad.

Elías continuó su camino, reclutó a un sucesor y lo instruyó en el ministerio profético. Luego, le soltó su manto, tal como él se lo había pedido. Ese nuevo profeta fue Eliseo, quien sirvió fielmente a Elías y se dispuso a continuar con la tarea de su maestro. Fue entonces que Elías fue arrebatado en un carro de fuego y Eliseo bajo una doble unción profética regresó a Betel, una sociedad corrupta, con una generación de jóvenes extraviados de la sincera fidelidad a Dios. Y apenas Eliseo estaba llegando a la ciudad, esos jóvenes se burlaron de él:

***“Después subió de allí a Betel; y subiendo por el camino, salieron unos muchachos de la ciudad, y se burlaban de***

*él, diciendo: ¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube! Y mirando él atrás, los vio, y los maldijo en el nombre de Jehová. Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos a cuarenta y dos muchachos”*

2 Reyes 2:23 y 24

¡Que terrible escena! Ante esto es lógico que pudiéramos pensar que fue algo cruel que Dios permitiera que unos muchachos sean atacados por osos. Pero la palabra “*muchachos*” aquí, es una mala traducción. En el original hebreo esta palabra significa “hombres jóvenes”. Esto no cambia la tragedia, pero responsabiliza a los burladores.

¿Causó Eliseo sus muertes en una reacción egoísta de ira por haber sido ofendido? No. Este hombre de Dios se movía bajo el poder y la autoridad del Espíritu Santo. El hecho es que estos jóvenes burladores habían cometido un terrible pecado, ya que ellos, seguramente habían escuchado sobre el traslado de Elías al cielo. Pero ahora, al provocar a Eliseo con el grito: “*Sube, calvo*”, ellos estaban ridiculizando la obra del Espíritu. Ellos no aceptaron la verdad sobre la obra santa del espíritu, por lo tanto, sus acciones hacía Eliseo fueron directamente un acto de burla contra el Espíritu Santo.

Por muchos años Dios fue paciente con los sacerdotes y la escuela de profetas que había en la caída en Betel. Multitudes se reunían allí para adorar en un altar acomodado, y el Señor enviaba muchos profetas, incluyendo al mismo Elías, para advertir sobre lo que vendría sobre esa tierra. Pero

llegó un tiempo, cuando Dios no toleró más la idolatría y la maldad de la ciudad.

La severa respuesta divina, la muerte de los jóvenes por medio de dos osos, nos muestra que el cielo no toma a la ligera la burla contra lo sagrado. Cuando se ridiculiza lo que Dios ha consagrado, no se insulta al hombre, sino al Dios que lo llamó. El espíritu de burla no soporta la autoridad espiritual y, por eso, intenta trivializarla.

Eliseo se dirigió a Betel con autoridad espiritual. Él no estaba haciendo la visita del “tío profeta”, sino predicando juicio contra sus pecados. Estos jóvenes representan a una generación que toma a la ligera los aspectos de la unción profética. Incluso hoy en día, muchos jóvenes actúan de manera similar, minimizando los verdaderos movimientos de Dios.

Betel fue acusada en su tiempo por tomar livianamente los cultos a Dios. Y hoy, con tristeza lo digo, muchos jóvenes ministros se están apoyando en los mismos métodos carnales en que se apoyaba la iglesia caída de Betel. Traen a la casa de Dios la misma música que, en primer lugar, incitó la rebelión y la sensualidad contra la vida del Reino.

Están haciendo encuestas a una sociedad saturada de pecado para aprender cómo captar incrédulos a la iglesia. En lugar de presentar verdadera adoración, vemos parodias teatrales, fiestas electrónicas y conciertos de rock. Procuran entretener a la juventud en lugar de confrontar sus pecados y

vacíos con el simple y puro evangelio. Y los ministros que procuramos exponer la verdad solemos enfrentar el mismo espíritu de burla que Eliseo enfrentó.

Amados, no sugiero que todos los jóvenes actúen así. Señalo a ministros jóvenes que buscan ser novedosos y acostumbran a las congregaciones a reuniones motivacionales cargadas de juegos, entretenimiento y diversión. Luego, los demás parecemos ministros viejos y desfasados, tratando de predicar un evangelio que parece rancio. Pero la verdad no debe ser negociada; lo único rancio es la liviandad con que se procura complacer la carne.

Por otra parte, cuando un ministro mayor se viste como un adolescente solo para agradar a los jóvenes, no comprende que el espíritu de burla tampoco tendrá piedad con él. Ni siendo gracioso, ni predicando mensajes breves, ni vistiendo como adolescentes, ni ilustrando con tonterías, la verdad no necesita ser endulzada. Los jóvenes no deben recibir una falsa empatía para agradaarlos. Solo debemos predicar la verdad y punto; no es tiempo de jugar al evangelio.

Otra historia bíblica que deja claro el padecimiento profético es la de Isaías. Su ministerio fue extenso, profundo y glorioso. Fue llamado con una visión celestial y palabras de fuego. Sin embargo, su llamado incluía anunciar a un pueblo que no escucharía, con oídos cerrados y corazones endurecidos (**Isaías 6:9 y 10**), y realizando toda clase de figuras para ser entendido, tal como caminar proféticamente sin ropa y descalzo durante tres años.

Este acto simbólico, descrito en **Isaías 20:2 y 3**, tenía el propósito de comunicar a Judá y otras naciones el destino que les esperaba, similar al de Egipto y Etiopía. El mensaje era claro: si no se arrepentían y se sometían a Dios, serían derrotados y humillados. ¿Podemos imaginar las burlas que debió soportar por tal comportamiento? Pero Isaías fue un hombre que nunca claudicó de su misión por ningún motivo.

Durante su ministerio, Isaías fue constantemente resistido y burlado. Muchos creen que fue asesinado por el rey Manasés, siendo aserrado por la mitad; **Hebreos 11:37** alude a este tipo de martirio. Su mensaje de juicio sobre Judá y denuncia a los líderes religiosos y políticos generó un gran rechazo. Incluso algunos se burlaban de su forma de predicar diciendo:

*“¿A quién quiere enseñar ciencia? ¿A quién quiere hacer entender el mensaje? ¿A los destetados del pecho? Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato...”*

Isaías 28:9 y 10

El pueblo ridiculizaba a Isaías como si fuera un comunicador repetitivo, infantil, casi como si cantara una canción de niños. La burla pretendía desacreditar la claridad del mensaje, como si fuera simplista o innecesario. Pero cuanto más endurecido está el corazón, más directo debe ser el mensaje.

Isaías no desistió de su propósito y sus palabras, aunque fueron ignoradas y rechazadas en esa época, se fueron cumpliendo a su tiempo. Incluso hasta hoy en día, Isaías es considerado el gran profeta mesiánico, siendo el profeta que anunció con más detalles el nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

***“Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de Amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida...”***

***“Yo sanaré su rebelión, los Amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos...”***

Oseas 11:4 y 14:4

Otro profeta humillado públicamente por obedecer a Dios fue Oseas, a pesar de que toda su expresión estuvo cubierta de un manto de amor Divino, su llamado fue quizá uno de los más extraños y escandalosos. Dios le ordenó casarse con una mujer adúltera llamada Gomer, como señal viva de la infidelidad de Israel. Este no fue solo un acto simbólico, sino mandato profundamente personal; su hogar se volvió una clara expresión profética.

Imaginemos el escarnio que esto generó contra Oseas. ¿Cómo explicar que un profeta se casara con una prostituta? ¿Cómo sostener un ministerio mientras era humillado y burlado por la conducta pública de su esposa? Oseas fue expuesto, despreciado y burlado. Pero su vida encarnó el mensaje: “el amor fiel de Dios por un pueblo infiel”.

La burla no solo venía del pueblo, sino probablemente también de su entorno cercano, y tal vez de su propia alma herida. Sin embargo, Oseas siguió profetizando, demostrando que el llamado profético implica cargar con el dolor de Dios, incluso cuando, tras haber sido engañado, tuvo que perdonar y seguir adelante.

¿Podemos imaginar lo que decían de Oseas? No solo dudarían de su condición de profeta; muchos dirían que Dios nunca le habría mandado tal cosa, como casarse con una prostituta. Algunos considerarían que seguramente lo hizo por haberse enamorado perdidamente de esa mujer y que hizo pasar su capricho como una orden divina, pero sabemos que no fue así.

Acaso podemos imaginar el descrédito y la burla de su propia familia, quienes lo respetaban por su posición y santidad, de pronto comenzaron a dudar de su integridad. Seguramente sus consiervos lo descalificaron severamente y nadie le creería que tal situación había sido generada por Dios. Sin embargo, Oseas inclinó su cabeza, soportó la amarga burla y siguió adelante, sabiendo que estaba cumpliendo la perfecta voluntad de Dios.

***“El rey de Israel respondió a Josafat: Aún hay un varón por el cual podríamos consultar a Jehová, Micaías hijo de Imla; mas yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal.***

***Y Josafat dijo: No hable el rey así.”***

1 Reyes 22:8

Otro profeta que tuvo que enfrentar a la multitud, sin duda, fue Micaías. En la corte de Acab, él fue el único que habló la verdad. Mientras cuatrocientos profetas anunciaban éxito, Micaías proclamó la derrota. Fue abofeteado, burlado y encarcelado por causa de su fidelidad. Incluso, algunos como Acab lo consideraban despreciable porque siempre profetizaba lo malo (**1 Reyes 22:8**).

Cuando la voz profética no se alinea con los intereses políticos o religiosos del sistema, el espíritu de burla se levanta con fuerza. Micaías quedó solo, pero tenía la verdad. La burla es la reacción al temor de escuchar lo que no se quiere oír; el sistema se pone nervioso cuando la Iglesia levanta su voz con sana dirección escatológica y profética.

*“No soy profeta, ni hijo de profeta, sino que soy pastor de ovejas y cultivador de sicómoros. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel.”*

Amós 7:14 y 15

Otro profeta burlado en su tiempo fue Amós, menospreciado no solo por lo que decía, sino también por lo que era: un simple campesino. Amós no provenía de una familia sacerdotal ni de una escuela profética, pero Dios lo escogió y llamó al ministerio. Su denuncia a la hipocresía religiosa y al abuso de poder molestó tanto que el sacerdote de Betel lo expulsó diciendo:

***“Vidente, vete, huye a tierra de Judá... porque aquí no se te pagará por profetizar”***

Amós 7:12 y 13

El desprecio no solo era por su mensaje, sino también por su estatus social. El espíritu de burla busca usar el pasado, el origen o la falta de títulos para descalificar el llamado. Pero cuando Dios llama, Él capacita. Amós no se dejó intimidar, sino que, usando su posición espiritual, proclamó la palabra tal como Dios le ordenó. El espíritu de burla no debe impedir que la Iglesia hoy levante su voz profética. Aunque pueda parecer que se nos presta poca atención, el mundo espiritual sabe muy bien lo que estamos haciendo, y eso es lo que más importa.

Otro profeta muy conocido fue Ezequiel, quien fue llamado a actuar proféticamente mediante símbolos, acciones y dramatizaciones. Esto le obligó a dormir sobre un lado durante meses, cocinar su comida con estiércol y representar la toma de Jerusalén en miniatura. Por supuesto, todo esto le valió burla y rechazo, ya que algunos se preguntaban: ***“¿No es este un hablador de parábolas?”*** (Ezequiel 20:49).

Cuando la palabra profética no se comprende, se ridiculiza. El espíritu de burla busca hacer ver al profeta como extravagante, fuera de lugar o simplemente extraño. Pero muchas veces la incomodidad del profeta es el lenguaje de Dios para un pueblo que ya no escucha. Ezequiel fue un fiel representante de esa incómoda expresión profética.

¿Seríamos nosotros capaces hoy de parecer ridículos con mensajes simbólicos, palabras directas o expresiones figuradas? No necesariamente estoy sugiriendo que Dios nos esté demandando eso, pero sí cuestiono si seríamos capaces de obedecerle sin limitaciones algo parecido. Veo a hermanos que se avergüenzan de decir que son cristianos, o que no se atreven a proclamar abiertamente el evangelio del Reino. ¿Qué haríamos si tuviéramos que hacer algunas de las cosas que Dios le ordenó a Ezequiel?

Hoy, como ayer, los que proclaman la verdad con valentía pueden ser objeto de burla, pero no debemos dejar de hacerlo. Es lógico que se desprecie a quienes hablan con sinceridad y franqueza. Se ridiculiza al que ora públicamente, se caricaturiza al que declara milagros y se margina al que no encaja en los moldes de esta generación. Sin embargo, esa es nuestra tarea.

Dios sigue levantando voces. La burla no es señal de error, sino muchas veces de fidelidad. Si lo que decimos no incomoda al mundo, probablemente tampoco lo está confrontando. La burla es un arma que busca silenciar, desgastar y exponer al ridículo a quienes llevan la carga del Señor. Pero la historia de los profetas demuestra que, aunque fueron burlados, nunca fueron derrotados. Dios estuvo con ellos y también está con nosotros. Su palabra nunca es en vano; no importa cuánto la menosprecien, al final llega a quienes debe llegar y cumple su propósito.

***“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Más todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.”***

Juan 15:18 al 21



## Capítulo seis

# JESUCRISTO Y EL ESPÍRITU DE BURLA

***“Todos lo despreciaban y rechazaban. Fue un hombre que sufrió el dolor y experimentó mucho sufrimiento. Todos evitábamos mirarlo; lo despreciamos y no lo tuvimos en cuenta. A pesar de todo esto, él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores. Nosotros pensamos que Dios lo había herido y humillado. Pero él fue herido por nuestras rebeliones, fue golpeado por nuestras maldades; él sufrió en nuestro lugar, y gracias a sus heridas recibimos la paz y fuimos sanados.”***

Isaías 53:3 al 5 BLS

La figura de Jesucristo, central en toda la historia de la redención, no estuvo exenta del espíritu de burla. Lejos de ser un fenómeno aislado en su pasión y muerte, el desprecio y el escarnio fueron una constante desde su nacimiento hasta su última exhalación en la cruz. Seguramente en Él, encontraremos los mejores ejemplos de cómo detectar y enfrentar al espíritu de burla.

El Hijo eterno, quien vino al mundo para salvar a la humanidad, fue recibido con sospechas, rechazos y mofas por parte de aquellos a quienes vino a redimir. Esto no fue mera coincidencia, sino evidencia de una guerra espiritual encarnada en una cultura dominada por el pecado, el orgullo y la ceguera espiritual. Sabiendo de la presciencia de Cristo, es admirable que aceptara la misión de redimir a una humanidad tan perversa, injusta y que de ninguna manera merecía Su extraordinario amor.

La burla contra Jesús no fue solamente la reacción superficial de una sociedad religiosa perturbada por su mensaje; fue, en muchos sentidos, la manifestación activa de un espíritu maligno que pretendía desacreditar su identidad, menoscabar su autoridad y detener su propósito redentor. Debemos comprender que, detrás de toda burla y todo escarnio ejercidos contra el Señor, había una fuerza maligna operando para tratar de frenar Su propósito.

El inicio de la vida terrenal del Salvador ya estuvo envuelto en sombras de desconfianza. Su nacimiento virginal, glorioso en su esencia, fue humanamente incomprendido y socialmente cuestionado. En una cultura donde el linaje y la honra familiar eran pilares de identidad, el embarazo de María antes de convivir con José debió de provocar más de una ceja levantada, y más de una lengua afilada. No se dice explícitamente, pero es razonable imaginar los murmullos en Nazaret, los comentarios velados, las miradas esquivas.

Años más tarde, esta sombra de sospecha siguió presente cuando los fariseos buscaban atravesar la integridad de Jesús con tono despectivo: “*Nosotros no nacimos de fornicación*” (Juan 8:41). Esas palabras, cargadas de veneno, muestran que para muchos su origen seguía siendo objeto de burla. Desde el pesebre hasta la predicación, el espíritu de burla ya obraba para intentar socavar la dignidad del Enviado.

Las Escrituras demuestran que, antes de comenzar Su ministerio, Jesús trabajó como carpintero. Quien hizo de padre terrenal, José, también era carpintero, lo que implica que Jesús probablemente aprendió ese oficio de él. Es extraño pensar que un hombre común como José le enseñó al Dios hecho hombre a construir cosas, pero parece que en esto, como en todos los demás aspectos de Su vida terrenal, Jesús se sometió a la humildad de ser perfectamente humano, tanto como perfectamente divino (Filipenses 2:6 al 8).

La gente llamaba a Jesús “*el carpintero*” (Marcos 6:3) y también “*el hijo del carpintero*” (Mateo 13:55). Sin embargo, algunas traducciones señalan que la palabra griega utilizada para “carpintero” fue la palabra: “*téktōn*” la cual podría traducirse de manera más amplia como “artesano” o “constructor”. En todo caso, es claro que Jesús fue un obrero, alguien que trabajó humildemente.

Mientras Jesús crecía en sabiduría y obediencia a sus padres, ya siendo un joven pero fuerte trabajador, seguramente tenía una clara conciencia de Su propósito

redentor. Supongo que, al comprender un llamado tan extraordinario, verse trabajando con madera, podría haberle generado incertidumbres. La expectativa por el futuro y los comentarios comunes de Su entorno no debieron de ser fáciles de asumir.

Su llamado era glorioso, pero, lógicamente, nadie lo consideraba el Redentor de la humanidad. Tal vez nadie comprendía Su amor ni Su humildad al hacerse hombre, con la idea de morir por todos, para que nadie se pierda. Debe ser difícil conservar una carga de amor y un propósito tan extraordinario rodeado de personas comunes que no valoraban ni honraban su verdadera esencia.

El evangelio de Juan comienza con una declaración tan simple como profunda: “*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*” (**Juan 1:11**). Es evidente que el rechazo del Mesías por parte de su propio pueblo no fue solo una cuestión teológica, sino una vivencia humana profundamente dolorosa.

En Nazaret, su lugar de crianza, fue menospreciado, ya que algunos decían: “*¿No es este el hijo del carpintero?*” (**Mateo 13:55**). El pueblo que conocía su historia, a sus hermanos y su oficio, no pudo ver más allá de su humanidad. El prejuicio nubló la fe, y el espíritu de burla se disfrazó de incredulidad. De hecho, cuando compartió las Escrituras en la sinagoga, todos lo reconocieron, pero al sugerir que era el Mesías, no tuvieron reparo en agarrarlo entre varios y llevarlo a una montaña para matarlo. Si lo hubiesen valorado como

persona, hubiera bastado con reconvenirlo; pero no, estos violentos, entre gritos, insultos y desprecios, solo procuraron su muerte.

Incluso sus propios hermanos, al comienzo, no creían en Él (**Juan 7:5**). En una ocasión, lo invitaron a ir a Judea con un tono cargado de ironía, como si lo retaran a demostrar públicamente su poder: ***“Nadie que procura darse a conocer hace algo en secreto; si haces estas cosas, manifiéstate al mundo”*** (**Juan 7:4**). Esta era una especie de burla disfrazada de consejo: un intento de exposición, una provocación en forma de sugerencia. El espíritu burlador también se oculta tras rostros cercanos y palabras ambiguas.

***“Después de esto Jesús regresó a la casa. Y era tanta la gente que volvió a reunirse, que ni él ni sus discípulos podían siquiera comer. Cuando los familiares de Jesús supieron lo que hacía, fueron para llevárselo, porque decían que se había vuelto loco (que estaba enajenado).***

***Pero los maestros de la Ley que habían llegado de Jerusalén decían: ‘Este hombre tiene a Beelzebú, el jefe de los demonios. Sólo por el poder que Beelzebú le da puede expulsarlos’.***

Marcos 3:20 y 22, BLS

Notemos el grado de desconsideración y burla, tanto de la gente como de Su propia familia. Por algo Jesús mismo declaró: ***“A un profeta se le respeta en todas partes, menos en su propio pueblo y en su propia familia”*** (**Mateo 13:57**). Puede tener cierta lógica pensar que la gente no

comprendiera quién era realmente Jesús, pero el desconocimiento de su propia familia, ya no como el Redentor de la humanidad, sino aun como profeta, es difícil de comprender. Sin embargo, esto sigue ocurriendo en la vida de todo aquel que ha recibido un llamado al servicio del Reino.

Por su parte, los líderes religiosos, en su afán por preservar sus privilegios y estructuras, no soportaban la figura de Jesús. Lo acusaban de blasfemia, lo ridiculizaban públicamente, cuestionaban sus milagros y lo tildaban de estar poseído por demonios (**Juan 8:48**). Cada vez que Jesús declaraba su filiación divina, el espíritu de burla se activaba con furia: con risas burlonas, con sarcasmos calculados.

Cuando Jesús hablaba del templo de su cuerpo, afirmando que lo destruiría y lo levantaría en tres días, se rieron de Él (**Juan 2:19 y 20**). Sus palabras fueron tomadas literalmente por aquellos que no tenían oídos para oír. Esa actitud no era ingenua, era maliciosa: se trataba de un descrédito intencional, que pretendía hacerlo pasar por loco, por falso profeta, por impostor.

Así, la burla se institucionalizó. Desde los púlpitos de las sinagogas, desde los patios del templo, desde los tribunales religiosos, se lanzó una campaña de descrédito contra el Cordero de Dios. No podían negar sus señales, pero querían destruir Su voz. La difamación de los supuestos entendidos seguramente creó una falsa idea en las personas

iletradas, de modo que muchos lo señalarían con el dedo y hablarían mal de Él, aun sin comprender absolutamente nada.

Las personas entendidas suelen obrar con malicia, pero el espíritu de burla no usa solo a quienes están preparados para opinar, sino que se vale aún más de quienes nada saben, pero repiten livianamente todo lo que escuchan. Los primeros actúan con malicia; los segundos, por ignorancia. Pero al final, el espíritu de burla utilizará cualquier medio para atacar: con palabras críticas, con mentiras y con desprecio.

Por supuesto, en la vida de Jesús, el momento culminante de la burla fue, sin duda, la pasión. En su arresto, juicio y crucifixión, Jesús fue objeto de un escarnio atroz, meticulosamente ejecutado. En esos momentos, el espíritu de burla ya no se escondía: gritaba, golpeaba, escupía, se disfrazaba de soldado y se expresaba en coro, con la intención de destruirlo.

El juicio de Jesús en el Sanedrín fue una verdadera farsa. Ocurrió al amparo de la oscuridad, y el evangelio de Marcos deja claro que no pudieron encontrar ninguna prueba válida para condenarlo. Por eso recurrieron a falsos testigos. Marcos describe a los principales sacerdotes y a los ancianos como hombres siniestros y torpes. Aunque conspiraron para arrestar a Jesús y consiguieron que testigos falsos presentaran pruebas, ni siquiera lograron que mintieran coherentemente (**Marcos 14:56**).

El momento crucial del juicio llegó cuando el sumo sacerdote finalmente expresó su verdadero temor. Le preguntó a Jesús directamente si Él era el Mesías. En otras ocasiones, y ante quienes le interrogaban por curiosidad, Jesús había evitado dar respuestas directas; pero en este caso, ante la máxima autoridad espiritual, respondió con claridad: **“Yo soy” (Marcos 14:62)**. Es más, no se limitó a esta afirmación, sino que continuó explicando su identidad, al combinar referencias de **Daniel 7:13** y **Salmo 110:1**.

Esta combinación de citas contiene una amenaza implícita: el Hijo del Hombre, en Daniel, viene a ejercer dominio sobre los enemigos de Israel, y el **Salmo 110** contiene la promesa de que Dios pondría a los enemigos del Mesías por estrado de sus pies. Imaginemos entonces que quienes lo estaban escuchando eran precisamente los principales sacerdotes y los ancianos que lo habían acusado, y que buscaban condenarlo a muerte. Si Jesús decía la verdad, entonces ellos eran justamente aquellos que Dios pondría bajo sus pies.

Es esta constatación la que llevó al sumo sacerdote y a todos los presentes a indignarse, gritando y señalando violentamente a Jesús. En un gesto de aparente piedad pero real desesperación, el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y lo acusó de blasfemia. Encontramos aquí una de las mayores ironías del Evangelio: fue la verdad de Jesús, y no la burla de los falsos testigos, lo que lo condujo voluntariamente a la cruz.

Ya en la casa de Herodes, fue desnudado. Y después de haber sido azotado brutalmente por los romanos, los soldados de Pilato llevaron a Jesús al pretorio, donde toda la guarnición se reunió alrededor de Él. Allí le colocaron una corona de espinas sobre la cabeza, una caña en la mano y un manto púrpura sobre el cuerpo, como si se tratase de un actor en una sátira grotesca. El propósito era burlarse de Él, ya que los judíos lo habían acusado de proclamarse rey.

Herodes y sus soldados lo trataron como a un bufón sin poder, como a un visionario desubicado (**Lucas 23:11**). Lo devolvieron a Pilato como quien devuelve un chiste sin gracia. Los soldados romanos se inclinaban ante Él en una parodia de reverencia, exclamando: “*¡Salve, Rey de los judíos!*” (**Marcos 15:17 al 20**). Cada gesto fue una parodia cruel de su realeza, una escena montada por hombres que no sabían que estaban participando del drama más sagrado de la historia.

Ya en la cruz, el espectáculo continuó. Los transeúntes meneaban la cabeza y decían: “*Tú que derribas el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo*” (**Mateo 27:40**). Los principales sacerdotes, escribas y ancianos se unieron al coro: “*A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar...*” (**Mateo 27:42**). Incluso uno de los ladrones crucificados se sumó al escarnio (**Lucas 23:39**). A los ojos del mundo, era un fracaso colgado del madero. Para el infierno, era la última oportunidad de tentarlo, quebrarlo o detener su entrega.

La cruz no fue solo un instrumento de tortura, sino también un escenario para la burla total. Jesús no fue colgado con una especie de chiripá, como lo muestran algunas pinturas o estatuas católicas, que aún hoy en día lo siguen ridiculizando con ligereza. Jesús estuvo completamente desnudo, humillado ante cientos de personas, con una corona de espinas hiriendo su cabeza.

Allí, el espíritu de burla lanzó su último ataque. Y sin embargo, en medio de tal escarnio, Jesús no respondió con enojo, ni con indignación, ni con violencia, sino con silencio. Y cuando habló, dejó palabras que se convertirían en los fundamentos de Su Iglesia. No respondió a las provocaciones, y aún perdonó a los burladores, mirándolos con compasión.

Jesús no bajó de la cruz para demostrar su poder. No lanzó rayos del cielo para callar las bocas impías. No hizo lo que su humanidad habría podido hacer. Hizo lo que el amor le dictó hacer: entregarse por completo para darnos vida. Nos enseñó que el propósito divino siempre es más grande y valioso que cualquier burla. Perder de vista la voluntad del Padre por culpa de simples habladores ignorantes no vale la pena.

Comprendo perfectamente la indignación que producen las críticas infundadas, las opiniones violentas que atraviesan nuestras buenas intenciones. Sé cuánto duelen las mentiras y las burlas. Pero ninguno de nosotros ha estado en una posición tan injusta y traumática como la que enfrentó

Jesús. Aun así, lo que debemos asumir como hijos de Dios es que, si Jesús actuó de esa manera, entonces nos abrió el camino hacia un proceder sabio y santo.

Al espíritu de burla no se lo enfrenta con armas naturales ni se le concede protagonismo. Ignorarlo con firmeza y serenidad desarma su violencia. Y aun así, como hemos visto, espiritualmente debemos ser firmes, determinados y valientes para no caer en los sentimientos del alma. No debemos sentirnos abatidos, débiles o vencidos. La fuerza que Dios nos otorga no es para pelear con los puños, sino para que nuestro corazón resista y venza toda maquinación diabólica.

***“Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca.”***

Isaías 53:7

Su silencio fue su espada. Su mansedumbre, su victoria. Y en lo más alto del escarnio, pronunció las palabras que rasgaron la historia: ***“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*** (Lucas 23:34). Con esa oración, venció el odio, desenmascaró la burla y abrió un camino eterno de reconciliación. Cristo venció la burla con amor sacrificial. La historia no terminó en la cruz. El burlado fue resucitado. El humillado fue exaltado. ***“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre”*** (Filipenses 2:9).

Jesús, el objeto del escarnio, se convirtió en el Señor de gloria. El que fue menospreciado ahora es adorado por ángeles, por redimidos, y en Su venida lo será por todas las naciones de la tierra.

Hoy, todo aquel que ha sido burlado por causa del Evangelio encuentra en Jesús un ejemplo, un consuelo y una esperanza. No estamos solos cuando se ríen de nuestra fe, cuando desprecian nuestra convicción, cuando nos llaman fanáticos o retrógrados. El Maestro pasó por ese camino primero. Y nos dejó huellas para seguir (**1 Pedro 2:21**).

El espíritu de burla no terminó con la crucifixión de Cristo. Todavía recorre las calles del mundo, disfrazado de sarcasmo, de memes ofensivos, de argumentos altivos, de rechazos sociales y miradas de falsa superioridad intelectual. Hoy, muchos cristianos enfrentan el mismo menosprecio que sufrió el Señor, simplemente por creer, por vivir en santidad, por rechazar la cultura del pecado y proclamar a Cristo como la única verdad.

El mundo moderno, envuelto en relativismo y orgullo, no comprende al creyente firme. Lo considera anticuado, intolerante o ingenuo. Pero el discípulo que ha puesto sus ojos en Jesús, sabe que esa burla no es señal de derrota, sino de identificación. La burla, lejos de alejarnos del Maestro, nos confirma que caminamos por el mismo sendero.

***“Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros mintiendo. Gozaos y alegraos...”***

Mateo 5:11 y 12

Cuando la burla nos alcance, debemos recordar al Nazareno callado ante sus verdugos. Cuando nos humillen por nuestra fe, debemos recordar al Rey de gloria coronado de espinas. Cuando nos llamen ingenuos por obedecer la Palabra, debemos recordar que la cruz fue locura para los sabios, pero poder de Dios para nosotros, los creyentes renacidos en Cristo (**1 Corintios 1:18**).

La respuesta del cristiano no es la venganza ni el resentimiento, sino el amor. No es la defensa exaltada de su honra, sino la perseverancia en la verdad. Jesús nos enseñó que no es más el siervo que su Señor; si a Él lo insultaron, también a nosotros nos insultarán (**Juan 15:20**). Pero también nos dejó una promesa gloriosa: ***“Si sufrimos, también reinaremos con Él”*** (2 Timoteo 2:12).

Que cada burla sea para nosotros un recordatorio de que no pertenecemos a este mundo. Que cada desprecio fortalezca nuestra identidad como hijos de Dios. Y que, en medio de la burla, podamos alzar nuestros ojos al cielo y decir con firmeza: “Vale la pena seguir a Cristo.”

***“Yo sé que mi Redentor vive,  
Y al fin se levantará sobre el polvo;  
Y después de deshecha esta mi piel,***

*En mi carne he de ver a Dios;  
Al cual veré por mí mismo,  
Y mis ojos lo verán, y no otro,  
Aunque mi corazón desfallece dentro de mí.”*  
Job 19:25 al 27



# Capítulo siete

## LA IGLESIA Y LAS BURLAS DEL SISTEMA

*“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él.”*

Filipenses 1:29

Desde su nacimiento y su empoderamiento en el día de Pentecostés, la Iglesia ha vivido bajo la constante tensión entre su fidelidad al cielo y el desprecio del mundo. El sistema, en sus distintas formas a lo largo de la historia, ha mirado con desconfianza y burla a aquellos que, guiados por el Espíritu, decidieron no conformarse a este siglo. Y la burla, más que una simple reacción emocional, ha sido una herramienta recurrente para despreciar, debilitar y aislar al pueblo de Dios.

Cuando los primeros discípulos comenzaron a hablar en otras lenguas, impulsados por el Espíritu Santo, algunos de los que los escuchaban no encontraron mejor explicación que el escarnio, diciendo: “*¡Están borrachos!*”. Así comenzó la historia: una Iglesia llena de poder siendo ridiculizada por una cultura que no entendía, ni quería

entender, lo que Dios estaba haciendo. Desde entonces, la risa burlona del mundo ha sido el eco habitual que acompaña el caminar de los que deciden vivir por la verdad.

En los primeros siglos, la situación se tornó aún más cruda. Los cristianos eran acusados de las cosas más absurdas: se decía que eran ateos por no adorar a los dioses del Imperio; que practicaban incesto por llamarse “hermanos” y “hermanas”; y que eran caníbales por celebrar la Cena del Señor.

Durante el reinado del emperador Nerón, se desató una de las primeras grandes persecuciones contra los cristianos. Después de que Roma ardiera en llamas en el año 64 d.C., Nerón desvió la culpa hacia este nuevo grupo religioso que se rehusaba a adorar al emperador. Pero no se trató solo de castigos. Lo que vino fue un espectáculo de burla sádica.

Los creyentes eran vestidos con pieles de animales y arrojados a los perros; otros eran crucificados o cubiertos con brea y encendidos como antorchas humanas para iluminar los jardines imperiales. Mientras tanto, los ciudadanos romanos se reían, aplaudían y celebraban el dolor ajeno como si fuera parte de un circo grotesco. Era una estrategia del sistema: usar la burla para sembrar miedo, para desacreditar la fe cristiana ante los ojos del mundo.

Una de las imágenes más reveladoras de aquella época es el graffito de Alexamenos, un dibujo burlesco hallado en Roma que muestra a un hombre adorando a un crucificado

con cabeza de burro. Debajo, la inscripción dice: “*Alexamenos adora a su dios*”. Ese trazo rústico en la piedra es más que una broma antigua; es un retrato de cómo el mundo siempre ha intentado rebajar la fe a la categoría de locura.

Hay miles y miles de historias, pero solo para mencionar algunas destacadas, podemos irnos varios siglos después, más precisamente al año 203 d.C., en Cartago, África. Bajo la persecución del emperador Severo, tenemos la historia de dos mujeres cristianas: una llamada Perpetua, una joven noble de 22 años, y Felicidad, su esclava. Ambas fueron arrestadas por profesar el cristianismo y se negaron a renunciar a su fe en Jesucristo.

Durante su juicio, fueron objeto de humillaciones y mofas. Las obligaron a desfilas por las calles con vestiduras que ridiculizaban su condición de mujeres y de creyentes, exponiéndolas a las burlas de la multitud antes de ser enviadas al anfiteatro, donde fueron devoradas por bestias salvajes. El objetivo no era solamente eliminarlas, sino escarmentarlas ante la sociedad: ridiculizando su fe como ejemplo para que nadie osara creer en el cristianismo.

Cuando la Iglesia fue legalizada y luego institucionalizada, la burla cambió de forma, pero no desapareció. En los siglos siguientes, especialmente durante el Renacimiento y la Ilustración, muchos filósofos comenzaron a despreciar abiertamente la fe cristiana. La Biblia fue presentada como un conjunto de mitos; Jesús,

como un personaje cuestionable; y la Iglesia, como una institución opresiva y anticuada.

La Edad Media también fue testigo de esta burla institucionalizada. Los valdenses, un grupo cristiano que decidió vivir la fe de forma sencilla, centrada en la Biblia y alejada de las estructuras corruptas de la religión oficial, fueron perseguidos y tratados como escoria. Se les llamaba ignorantes, herejes y enemigos del orden. Muchos fueron quemados en hogueras, y otros arrojados desde riscos como si sus vidas no tuvieran valor. La cultura dominante no solo los perseguía, sino que se burlaba abiertamente del estilo de vida que habían elegido, de la sencillez, y del deseo de vivir el Evangelio sin adornos ni manipulaciones.

Durante la Reforma, la burla tomó dimensiones aún más elaboradas. Martín Lutero, al desafiar los abusos del sistema religioso de su tiempo, se convirtió en blanco de caricaturas, panfletos y canciones populares que lo presentaban como un cerdo, un loco y un endemoniado, al igual que a todos sus seguidores. No bastaba con desacreditar sus ideas; había que mofarse de su persona, de su carácter y de su fe. Se buscaba destruir su imagen, convertirlo en objeto de risa, y así detener el avance de una verdad que incomodaba.

Voltaire, con mordaz arrogancia, declaró que en cien años el cristianismo estaría muerto y la Biblia olvidada. Curiosamente, pocos años después de su muerte, su casa fue usada por una sociedad bíblica para almacenar y distribuir

Escrituras. Porque mientras el hombre se burla, Dios escribe ironías eternas.

La Revolución Francesa también se encargó de burlarse de la fe. En su afán de imponer el culto a la razón, se organizaron ceremonias blasfemas en las iglesias, donde colocaban a prostitutas sobre los altares y las proclamaban “diosas de la razón”, en una parodia abierta de la adoración cristiana. Se quemaban Biblias públicamente, se ridiculizaban los principios del Reino y se celebraban fiestas cuyo único propósito era profanar lo sagrado. Era el sistema burlándose abiertamente de Dios y de todo lo que representa Su Reino.

La modernidad, con su culto a la razón, la ciencia y el progreso, no ha hecho otra cosa que sofisticar la burla. El cristiano es ridiculizado en universidades, en cátedras, en las calles y en los medios. No importa cuánto amor tenga en su corazón ni cuánta coherencia tenga su testimonio: el sistema prefiere retratarlo como intolerante, ignorante o fanático.

En el siglo XX, los regímenes comunistas llevaron esta burla a niveles sistemáticos. En la Unión Soviética, los cristianos eran tildados de enemigos del progreso, personas débiles, supersticiosas y opuestas al desarrollo científico. Las escuelas se encargaban de ridiculizar la fe, presentando a los creyentes como ignorantes o enfermos mentales.

En China, las iglesias que no se sometían al control del gobierno eran etiquetadas como sectas peligrosas, y sus

miembros expuestos al escarnio y a la vigilancia. En Corea del Norte, ser cristiano era considerado un crimen contra el Estado, y muchos son encarcelados, torturados o ejecutados en secreto, mientras el régimen los presentaba como traidores y agentes de Occidente.

Pero quizás la forma más sutil, y más extendida hoy, es la burla ideológica. En la cultura contemporánea, muchos medios de comunicación y plataformas digitales presentan al cristiano fiel como un fanático intolerante, un retrógrado que vive fuera de la realidad.

En películas, series y comedias, el creyente es casi siempre el personaje débil, ridículo, cerrado o moralista. Esta narrativa busca lo mismo que en los tiempos antiguos: desacreditar la fe, hacerla parecer absurda, ridiculizar su mensaje hasta hacerlo irrelevante.

A lo largo de los siglos, la burla ha sido una herramienta del sistema para callar, marginar y neutralizar el poder del Evangelio. Pero también ha sido una prueba que ha revelado la autenticidad de la fe. Cada generación de creyentes ha tenido que enfrentar la risa del mundo con la firmeza del corazón. Y en cada época, Cristo ha sido honrado por aquellos que no se avergonzaron de Su nombre, ni se dejaron intimidar por las burlas del poder. Porque, aunque la burla pretende deshonar, en el Reino de Dios, los despreciados por el mundo son los verdaderos herederos de la gloria.

Hace poco publiqué un libro titulado: “La Iglesia en la revolución digital”. En ese libro justamente menciono la influencia que pueden tener los medios digitales en este tiempo. Pueden ser utilizados como una poderosa herramienta para difundir el Evangelio, pero también están siendo aprovechados por los falsos, los perversos detractores y los burladores de la fe.

Las redes sociales de hoy en día y las diferentes plataformas de streaming se han convertido en los nuevos púlpitos de la cultura del sarcasmo. Las convicciones cristianas son atacadas mediante memes, parodias, sketches, sátiras y campañas sociales. La Biblia es criticada sin haber sido leída; Jesús es caricaturizado sin haber sido conocido; y la Iglesia es despreciada sin haber sido escuchada.

La moral bíblica sobre el matrimonio, la sexualidad, la familia y la vida es ridiculizada como si fuera una reliquia medieval. Los que defienden la verdad son etiquetados como enemigos del amor. Y tristemente, muchos cristianos han optado por el silencio, no por convicción, sino por miedo a ser objeto de burla.

Pero la burla no es señal de derrota. Es, de hecho, una señal de que estamos caminando por la misma senda del Maestro. Tal como vimos en el capítulo anterior, Jesús fue despreciado, escupido, coronado con espinas y golpeado en el rostro. Y mientras lo azotaban, los soldados se reían de Él. La burla fue parte del sufrimiento redentor del Hijo de Dios.

¿Cómo, entonces, esperar nosotros ser aceptados y aplaudidos por un sistema que odia la luz?

No hay gloria sin burla. No hay cruz sin desprecio. No hay fidelidad sin resistencia. Hoy más que nunca, la Iglesia necesita volver a abrazar la dignidad de sufrir por la verdad. No con una actitud victimista ni agresiva, sino con la nobleza de los santos que han entendido que la burla no puede silenciar la verdad, ni detener el avance del Reino.

Los creyentes del siglo XXI deben prepararse, no solo para la persecución, sino también para la humillación pública. Y deben hacerlo con gozo. Porque, como dijeron los apóstoles cuando fueron golpeados y ridiculizados, “se gozaban de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por el Nombre”.

El sistema puede reírse, puede armar campañas, puede cancelar cuentas o levantar burlas organizadas... pero nunca podrá borrar la gloria que descansa sobre la Iglesia fiel. Nunca podrá callar la voz de una generación que ha decidido no negociar su fe por la aceptación cultural.

En tiempos donde el sarcasmo se ha convertido en lenguaje común, y el desprecio en sinónimo de éxito mediático, la Iglesia debe recordar que su valor no está en ser popular, sino en ser fiel. No debemos temer al escarnio. La burla es parte del precio de la verdad. Quienes llevan la cruz también llevan la vergüenza, pero detrás de esa vergüenza hay una corona incorruptible. Como dijo Pablo: ***“Si todavía***

***agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gálatas 1:10).***

No debemos escondernos. No debemos permitir que la burla calle nuestro testimonio. No debemos vivir avergonzados de lo eterno. Recordemos siempre que quien hoy se burla del Evangelio, mañana se arrodillará ante el trono de Aquel que fue escarnecido, quien hoy gobierna gloriosamente sobre la Iglesia, pero que un día vendrá a imponer Su justicia y Su trono de poder en toda la tierra.

***“Bienaventurados seréis cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros mintiendo... Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos”***

Mateo 5:11 y 12

La cultura posmoderna exalta la duda y ridiculiza la convicción. Los medios, las redes sociales, e incluso algunos entornos familiares y laborales, hacen escarnio de quienes toman en serio a Dios, a la Biblia y al llamado del Reino. Pero así como los hombres de fe del pasado resistieron, nosotros también podemos permanecer firmes si abrazamos algunos principios esenciales.

En primer lugar, debemos comprender que la fe auténtica no busca la aprobación humana, sino la fidelidad a Dios. Muchos abandonan su caminar cuando la presión de las críticas o burlas se vuelven insostenibles. Pero la fe no se fundamenta en lo que otros piensan, sino en lo que Dios ha

dicho. Si la obediencia a Dios nos hace parecer extraños o fanáticos ante los ojos del mundo, recordemos que no estamos solos: muchos otros hermanos en todo el mundo están padeciendo lo mismo.

Cuando un joven decide esperar en santidad hasta el matrimonio, es llamado anticuado. Cuando una familia vive por principios bíblicos, se les tacha de retrógrados. Cuando un pastor predica contra el pecado, lo acusan de intolerante. Cuando una Iglesia defiende la verdad, se convierte en blanco de burlas mediáticas. Pero la fe que permanece, aunque sea burlada, es la que hereda las promesas.

En segundo lugar, debemos saber que la burla es una señal de que estamos caminando por un camino diferente. El espíritu del mundo no soporta la luz ni la verdad. Por eso, cuando una vida brilla con fe, suele provocar rechazo. No debemos sorprendernos si se burlan de nuestras convicciones, de nuestras decisiones santas, de nuestro tiempo de servicio en la congregación, o de nuestra firmeza doctrinal. El apóstol Pedro escribió:

***“Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros.***

***Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado.***

***Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero***

*si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello...”*

1 Pedro 4:14 al 16

En tercer lugar, debemos saber que Dios honra la fe que persevera, aun cuando es ridiculizada. Cada uno de los patriarcas enfrentó desprecio, pero también cada uno fue recompensado y puesto como ejemplo para el mundo. La fe que permanece es la que hereda las promesas. Tal vez hoy en día, nuestra obediencia no sea comprendida, pero llegará el día en que la vindicación del cielo silenciará toda risa burlona. Dios siempre tiene la última palabra.

En cuarto lugar, debemos tener en cuenta que la fe se alimenta en lo secreto, no en lo visible. Muchos tambalean cuando la burla pública erosiona su confianza interna. Pero el secreto de la fortaleza espiritual está en la intimidad con Dios. A solas, en oración y en la Palabra, es donde el corazón se afirma. Los grandes hombres de fe no discutían con sus críticos, no respondían a los incrédulos, no buscaban el reconocimiento: ellos caminaban con Dios, y esa era su gran recompensa. Nuestro deleite en el Señor es nuestra fuente de resistencia.

En quinto lugar, debemos tener en claro que el gozo del Señor es nuestra fortaleza, y por lo tanto, gozarnos en Él supera las burlas del sistema. Hay una alegría profunda que solo conocen los que creen. La burla busca humillar, pero la fe da dignidad. El mundo se ríe por un momento, pero el gozo del creyente permanece para siempre. Como dijo el salmista:

***“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán”***  
**(Salmo 126:5).**

Por último, si estamos siendo blanco de burlas por causa de nuestra fe, no debemos desanimarnos. Estamos en buena compañía: el Padre que nos afirma, Jesús que intercede por nosotros, el Espíritu Santo que nos capacita en todo, y millones de hermanos en el mundo que comprenden el peso del desprecio hacia la fe.

Los héroes de la fe mencionados en la Biblia pasaron por el mismo camino. Levantemos nuestro rostro, fortalezcamos nuestro espíritu y sigamos creyendo. La burla puede sonar fuerte, pero la voz de Dios es más poderosa, y los que perseveramos en ella conoceremos el triunfo. Un día las burlas cesarán, y el Reino del Señor será proclamado en toda la tierra.

Cuando la cultura del sistema se burla de nuestra fe, tampoco debemos ceder al impulso de expresar maldiciones proféticas en su contra, deseando la segunda venida de Jesús solo como un acto de venganza, convencidos de que las burlas del mundo serán castigadas por el Dios santísimo. Ciertamente eso ocurrirá, pero no debe ser ese nuestro enfoque. Debemos desear que nuestro Señor venga y que muchos se arrepientan antes de que eso ocurra.

El juicio de Dios es inminente (**Romanos 14:11**), y hay un sentido santo en anhelar ese día y prepararnos para él. Todos aquellos que no han puesto su fe en Jesús como único

Salvador, ni se han arrepentido de sus pecados, van camino a un castigo eterno preparado por Dios para Sus enemigos (**Mateo 10:28**). Eso también pasará. Sin embargo, no es nuestra responsabilidad ni nuestro llamado desear la perdición de quienes se burlan de nuestra fe, porque esa no fue la esencia de la obra de nuestro Señor. Él murió para salvar a todos... Que la mayoría lo rechace es otra cosa... Igualmente el murió por todos.

Mientras anhelamos la segunda venida de nuestro Señor, quien traerá el fin de nuestro sufrimiento y la tremenda persecución que sufriremos en los días finales (**Mateo 5:11 y 12**), nuestra responsabilidad principal debe seguir siendo hacer discípulos en todas las naciones, y actuar como Jesús, quien al ser burlado no respondió con amenazas, sino con amor y admirable mansedumbre.

Incluso a pesar de la maldad creciente en el mundo, Él continúa siendo paciente, esperando que todos los que han de ser salvos procedan al arrepentimiento (**2 Pedro 3:9**). Nosotros, mientras esperamos el juicio, debemos alinearlos con el corazón compasivo de Jesús, y pedir a Dios fuerzas para compartir el evangelio con más pasión cada día.

Debemos cultivar el espíritu de paciencia y misión de Jesús, en lugar de imitar la actitud de Jonás, quien deseaba tanto el juicio sobre Nínive que se enfureció cuando Dios ofreció perdón: *“¡Ah, Señor! ¿No era esto lo que yo decía cuando aún estaba en mi tierra?... Porque yo sabía que Tú eres un Dios clemente y compasivo, lento para la ira y rico*

*en misericordia” (Jonás 4:2).* Por el contrario, debemos imitar el corazón redentor de Cristo y rogar para que muchos se arrepientan y reciban el perdón de sus pecados, y así sean salvos.

Algunos cristianos se ofenden por las burlas y sienten el impulso de aislarse del mundo que los rodea, pero quienes ceden a ese impulso se apartan del deseo de Jesús, quien oró al Padre diciendo: *“No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno...” (Juan 17:15).*

¿Por qué Jesús oró así? Porque el diseño de Dios es que representemos a Cristo en medio del mundo, haciendo discípulos en Su nombre (**Mateo 28:19**). Por eso hemos recibido el poder del Espíritu Santo, para ser testigos de Jesús hasta lo último de la tierra (**Hechos 1:8**). Somos la luz de un mundo en tinieblas, la sal de una tierra sin sabor a Reino. No debemos claudicar, no debemos escondernos, no debemos vivir ofendidos por las burlas, porque el Señor nos ha encomendado una misión mucho más grande que nuestro ego.

La Iglesia fiel está llamada a mantenerse firme y confiada en la verdad de Dios. Las burlas y el desprecio son el precio de caminar en luz y justicia, pero no son el fin, sino el camino hacia la corona incorruptible que Dios ha prometido a sus siervos. Nuestra fortaleza no reside en la aceptación humana, sino en la presencia constante del Espíritu Santo que nos sostiene y guía.

Por eso, no debemos temer al escarnio ni al rechazo; más bien, debemos cultivar un gozo profundo que nace de la comunión íntima con el Señor, un gozo que ni las burlas ni las circunstancias adversas pueden arrebatar. La misión que Dios nos ha confiado es mayor que cualquier ofensa, y mientras esperamos con esperanza la vindicación celestial, seguimos proclamando el evangelio con paciencia y amor, imitando el corazón compasivo de Jesús.

***“Dichosos vosotros cuando la gente os odie, cuando os expulsen, cuando os insulten y cuando desprecien vuestro nombre como cosa mala, por causa del Hijo del hombre. Alegraos mucho, llenaos de gozo en aquel día, porque recibiréis un gran premio en el cielo; pues también maltrataron así sus antepasados y a los profetas.”***

Lucas 6:22 y 23 DHH



## Conclusión Final

***“Que el Señor los lleve a amar como Dios ama, y a perseverar como Cristo perseveró.”***

2 Tesalonicenses 3:5

La burla no es una novedad espiritual. No es una invención moderna ni una simple debilidad emocional. Es una estrategia antigua, con una intención espiritual clara, diseñada por el enemigo para apagar la fe, desgastar la obediencia y destruir el testimonio del justo. Al engañador le place ver el resultado de sus engaños; por eso se goza en nuestros fracasos, temores, dudas y procesos.

A lo largo de este libro hemos expuesto el rostro cruel del espíritu de burla. No se trata solo de una risa maliciosa o un gesto de desprecio; es una voz que se levanta contra la fe, una estructura demoníaca que busca socavar la obra de Dios desde sus cimientos. Es el susurro que pregunta: “¿Para qué obedecer? ¿Quién te crees que eres? ¿Realmente Dios habló?” Como mencioné al principio, no es solo un demonio, sino un sistema diabólico para frenar el avance del Reino.

Desde los primeros capítulos vimos cómo Satanás ha usado la burla como su arma predilecta para introducir duda en el corazón de los creyentes. Lo hizo en el Edén con Adán, lo hizo con Noé, ridiculizado durante décadas por construir un arca en tierra seca; con Abraham, cuando parecía

imposible que un anciano engendrara una nación; con Jacob, despreciado por su entorno pero escogido por Dios; con José, esclavo y preso en Egipto; con Moisés, bajo la carga impuesta por Faraón; y con los hebreos, cuando la conquista se retrasaba.

Hay muchos otros ejemplos que no incluí, porque tuve que seleccionar los más ilustrativos. Pero si observamos bien, encontraremos algún vestigio de escarnio en casi todas las historias de fe de la Biblia. Este libro no pretende ser una recopilación exhaustiva, sino un fundamento sólido para entender y enfrentar esta batalla espiritual.

La burla es el lenguaje del desprecio del mundo hacia la fe. Es un rugido disfrazado de risa, una violencia del reino de las tinieblas contra los santos de la luz. Aunque un burlador no golpee con el puño, destruye con sus palabras y sus horribles gestos de maldad.

Estudiamos a los amonitas como ejemplo de cómo lo cercano, lo geográfico y espiritual, puede ser fuente constante de oposición. La burla no siempre viene de lejos; muchas veces surge desde lo próximo, hablando nuestro idioma y conociendo nuestras debilidades. Pero esa burla también será juzgada por Dios.

Vimos cómo David, aunque ungido, fue blanco de burlas: Goliat lo despreció por joven, su hermano lo acusó de arrogante y su esposa Mical lo ridiculizó por danzar. La burla se infiltró en lo familiar, en lo fraternal, en lo íntimo. Sin

embargo, David no se detuvo. Su adoración fue más fuerte que la vergüenza impuesta, y permaneció fiel valorando la gracia del Señor sobre su vida.

En el **Salmo 69** expresó su dolor por la burla de sus enemigos: *“El oprobio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé”* (Salmo 69:20). Sin embargo, concluía que Dios lo había favorecido más de lo merecido y que era un privilegiado: *“Señor, ¿quién soy yo y qué es mi familia para que me hayas hecho llegar hasta aquí? Y tan poca cosa te ha parecido esto, Señor, que hasta has hablado del porvenir de la dinastía de tu siervo ¡Ningún hombre actúa como tú, Señor!”* (2 Samuel 7:18-19).

Los profetas tampoco escaparon a la burla. Elías huyó temeroso tras la amenaza de Jezabel; Eliseo fue ridiculizado por jóvenes que murieron por su irreverencia; Jeremías, Isaías, Oseas, Micaías, Ezequiel y muchos otros profetas, fueron vistos como extraños y dramáticos. Pero en su diferencia estaba el peso de la Palabra del Señor. Así también la Iglesia profética que se levanta hoy, debemos dar testimonio con nuestra actitud.

Y, por supuesto, Jesús fue el máximo blanco de burla: criticado, despreciado, traicionado, azotado, coronado con espinas y públicamente escarnecido. Le dijeron: *“¡Sálvate a ti mismo!”* sin entender que no vino a salvarse, sino a salvarnos. La burla no pudo detener la obra del Calvario; al contrario, la reveló como el acto supremo del amor divino.

La Iglesia ha sido ridiculizada a lo largo de la historia, desde los mártires en el Coliseo romano hasta los cristianos perseguidos hoy en redes sociales. El enemigo ha perfeccionado su arte: antes con lanzas y hogueras, ahora con sarcasmo, cinismo, memes y desprecio público. Pero la violencia espiritual y su mensaje siguen siendo los mismos. Por eso no debemos retroceder ni caer en desesperanza o incredulidad. Los fieles de ayer y los valientes de hoy comparten la misma corona de oprobio, pero también la promesa de gloria.

Este libro no es un lamento de víctimas, sino una trompeta que llama a los hijos de Dios a ponerse firmes, a no considerarse débiles y a comprender que, así como nuestros antepasados sufrieron y vencieron, nosotros también podemos enfrentar con poder los tiempos venideros.

Si nos han burlado pensando que claudicaríamos, debo decirte que nos han hecho parte de la historia sagrada. Si hemos sentido el peso de la crítica, es porque caminamos por la senda estrecha, por el camino de la voluntad del Padre. Si intentaron silenciarnos con risas y escarnio, es porque nuestra voz resuena en los ámbitos espirituales de este mundo.

No debemos callarnos ni escondernos ni bajar la cabeza. Somos embajadores del Rey de gloria. El espíritu de burla no es más fuerte que el Espíritu de Dios. La burla no puede deshacer el llamado ni cambiar lo que Dios ha determinado para nosotros. El vituperio duele, pero también

nos pule y perfecciona. El escarnio arde, pero abre camino a la unción que portamos.

Por eso, mis amados hermanos y hermanas en Cristo, sigan creyendo cuando otros duden. Sigam obedeciendo cuando otros se rían. Sigam predicando aunque los llamen anticuados. Sigam viviendo en santidad aunque digan que exageran. Porque a su tiempo verán al Señor vindicarlos. Y entonces, la burla será silenciada... para siempre.

***“¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, Y los burladores desearán el burlar, Y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión; He aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros, Y os haré saber mis palabras.”***

Proverbios 1:22 y 23

Oración final:

*“Señor amado, Dios de justicia y consolación, te doy gracias por cada página de este libro, por cada verdad revelada, por cada ejemplo de tus siervos que soportaron la burla sin renunciar a la fe...*

*Tú, que viste el desprecio lanzado contra Noé, que oíste las risas sarcásticas en los oídos de Abraham, que consolaste a Jacob, a David, a los profetas y a los apóstoles, hoy mira a tus hijos que viven tiempos semejantes...*

*Tú que fuiste escarnecido y colgado en una cruz por amor a nosotros, danos la misma fortaleza que hubo en ti...*

*Padre, te ruego por aquellos que leen estas palabras con el corazón herido por el desprecio, por los que han sido ridiculizados por predicar tu Palabra, por los que han llorado en secreto por causa del rechazo, por los que han querido callar para evitar el escarnio...*

*Llénalos de tu Espíritu, renueva su valentía, recuérdales que no están solos, y que el cielo honra a quienes el mundo humilla por causa del Evangelio...*

*Señor, que no respondamos a la burla con odio ni con miedo, sino con amor, mansedumbre y firmeza...*

*Haznos testigos verdaderos en una generación burladora, haznos luces en medio de tanta confusión, haznos valientes, constantes y fieles...*

*Y cuando la risa del mundo quiera opacar nuestra fe, haznos recordar que tú también fuiste burlado, pero al tercer día, venciste...*

*Gracias, Señor, porque lo que hoy nos avergüenza, mañana será nuestra corona...*

*Y lo que hoy nos hiera, mañana será sanado por tu gloria.*

*Hasta que vengas, seguiremos hablando, viviendo y predicando, aunque se rían, aunque se burlen, solo nos sostendremos en Tu opinión...*

*En el nombre de Jesús, Amén”*



# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

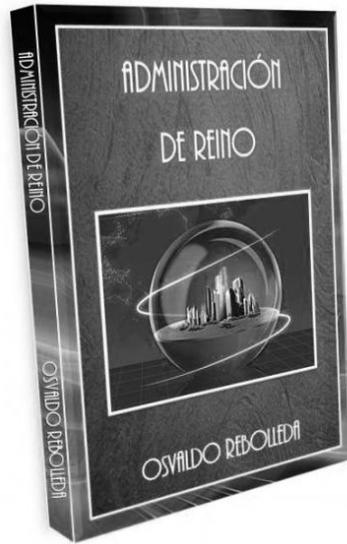
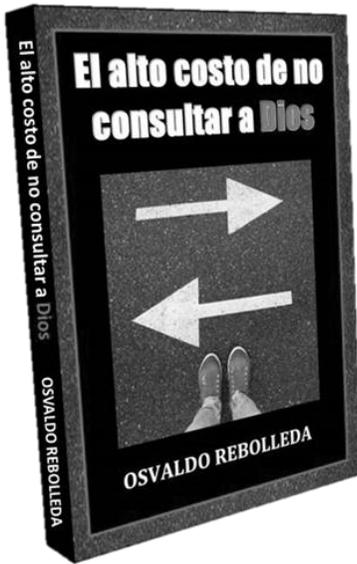
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

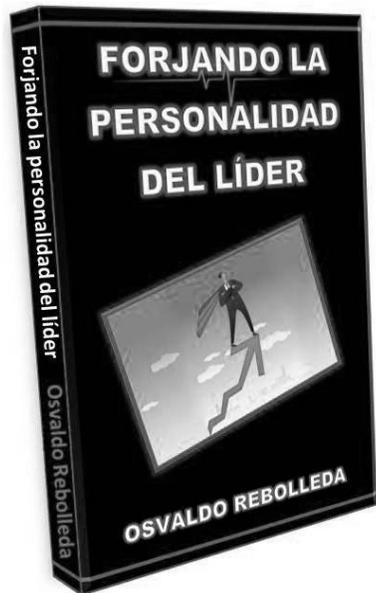
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

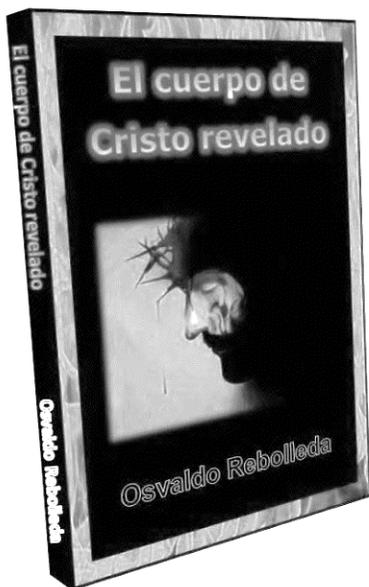
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



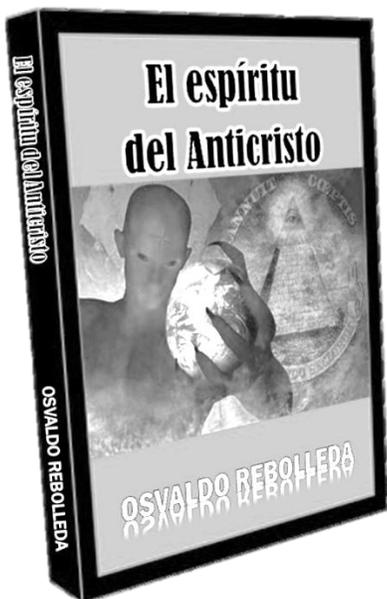
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



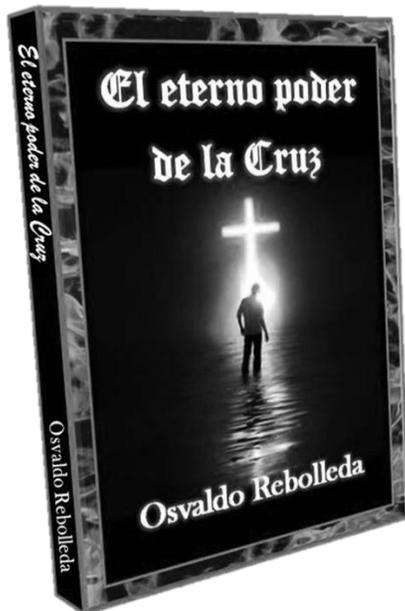
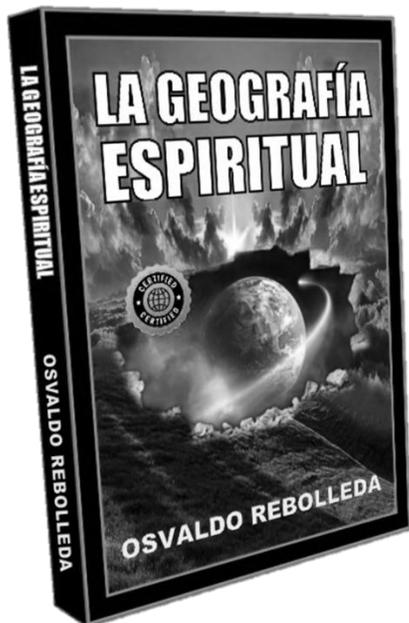


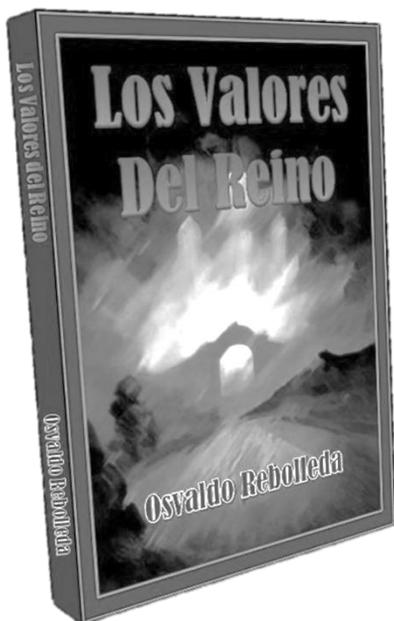
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

